

TEATRO '19

EL PÚBLICO

VICENTE LEÑERO

LA NOCHE DE
HERNÁN
CORTÉS



LA NOCHE DE HERNÁN
CORTÉS

VICENTE LEÑERO

TEATRO '19

EL PÚBLICO



MADRID, ENERO-FEBRERO 1992

Suplemento de El Público, revista bimestral del espectáculo,
editada por el Centro de Documentación Teatral
del Instituto Nacional de las Artes Escénicas
y de la Música.
Ministerio de Cultura.

Director:
Moisés Pérez Coterillo.

Portada:
Antonio Fernández Reboiro.

EL PÚBLICO
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN TEATRAL

Capitán Haya, 44
28020 Madrid.

Teléfonos:
Redacción y Documentación:
(91) 572 33 11/12/13/14
Suscripciones y Fax: (91) 570 51 99.

Imprime:
EGRAF, S. A.
C/ Luis I, 5. 28031 Madrid.
Depósito Legal: M. 40470-1991.
NIPO: 302-91-003-4
ISBN: 84-87075-21-5.

Este volumen se vende conjunta e inseparablemente con el número 88, correspondiente a los meses de enero y febrero de 1992.

Esta edición

© 1992. El Público/Centro de Documentación Teatral

SUMARIO

Vicente Leñero: o teatro o silencio	9
<i>Luis de Tavira.</i>	
La obra de Vicente Leñero	17
La noche de Hernán Cortés	19
<i>(Primeras imágenes de la historia, antes de iniciar la elaboración de la obra teatral).</i>	
La noche de Hernán Cortés	23
<i>Vicente Leñero.</i>	

VICENTE LEÑERO: O TEATRO O SILENCIO

LUIS DE TAVIRA

Considerar en su vasto conjunto la trayectoria teatral de Vicente Leñero es ubicarse delante de uno de los más vigorosos edificios de la dramaturgia mexicana de este siglo.

Llamar *edificio* al conjunto de una obra teatral es una metáfora. Pero en el caso de Vicente Leñero es mucho más. Es también reconocer una *estructura* compleja, sabiamente construida, etapa tras etapa en *desenfo* y amplitud, en cimiento y contorno, en unidad y diversidad, en mesura y audacia, en método e invención; sabio descubrimiento de eslabones y juego perpetuo de las dimensiones.

Si al talento teatral de Lope se le llamaba *ingenio*, a la destreza dramática de Leñero podría llamársela en el mismo sentido, *ingeniería teatral*. Leñero no es sólo un autor de obras teatrales, es el constructor de un teatro mexicano probable, no utópico sino verificable. Se antoja mucho más que una coincidencia el título de la obra emblemática de su epifanía teatral: *Los albañiles*.

De su infancia, Leñero rescata sus primeros recuerdos de pasión escénica en su entrañable novela teatral *Vivir del teatro*: "Un día, Luis y yo decidimos construir nuestro propio teatro. De la tienda de don León, en la esquina de Avenida Dos y Calle Trece, nos trajimos un cajón de madera y desclavando y reacomodando tablas empezamos a armar un foro para los títeres de alambre. Estábamos en ésas cuando Armando, el hermano mayor, nos llegó con la noticia: él y el primo Héctor se habían anticipado a nuestra idea. También con tablas de cajones insertables, pero a mayor escala, habían construido y hasta pintado de verde un teatro perfecto. Contaba con un sistema de iluminación elemental pero efectivo: un enchufe de luz, empotrado enfrente del frontispicio y apuntado hacia el foro, en el que se

atornillaba un foco de 25 ó 40 vatios. El telón, que corría lateralmente y cerraba al centro, había sido confeccionado por hermanas y primas con una tela de satín azul a la que remataba, en su parte inferior, una franja de terciopelo negro. A telón cerrado, con el foco encendido, se podían realizar impresionantes juegos de luces envolviendo el foco en capuchones de papel de china verde, rojo, amarillo, que teñían el telón de variadísimos tonos y constituían por sí mismos todo un espectáculo. El teatro tenía entradas de títeres a derecha e izquierda y en el centro del proscenio se levantaba la diminuta concha para el apuntador. Armando y Héctor lo bautizaron con el nombre de Teatro La Mariposa porque a Héctor se le ocurrió pintar en el frente una mariposa de alas abiertas bajo cuyo cuerpo de cartón se ocultaban los alambres del *socket* para el foco... Todo estaba listo para empezar. Y empezamos”.

Como en el génesis, la creación del mundo antecede a la historia y la determina; como en la sabiduría refinada de los griegos, las preguntas cosmocéntricas preceden a las preguntas antropológicas, sociales y políticas. Y el teatro de Leñero es todo eso: topográfico, histórico, psicológico, sociológico, político y mucho más. A diferencia de la mayoría de los escritores que le son coetáneos y que transitaron su inicio literario y teatral por los senderos paradigmáticos de un supuesto realismo pos-revolucionario, Leñero ha sido desde sus primeras obras un escritor y un dramaturgo cabalmente poscinematográfico. Quienes hicieron el primer cine sabían que su público, sus actores, sus escritores, sus realizadores, venían del teatro. De ahí esa hiper-teatralidad de los primeros filmes. La ausencia de sonido redujo a la palabra al más extremo laconismo, el del letrero, y forzó la dinámica de la imagen a una elocuencia explosiva: surgía la era del lenguaje de la imagen industrial que ha terminado por estetizar la realidad.

Quienes se propusieron rescatar al teatro de su perpetua agonía frente al asalto social de los medios, a través de la reinención del teatro que exigió la audacia de los experimentos de los años sesenta, sabían que sus espectadores venían del cine. Esto supuso, entre otras cosas, una violenta transformación de la sintaxis teatral, una inusitada eclosión de experimentaciones con la estructura dramática, tras el agotamiento de los paradigmas del realismo y del naturalismo de la primera mitad del siglo, tras la reducción al absurdo de la teatralidad en las propuestas iconoclastas del teatro de la inmediata posguerra, tras los revolucionarios hallazgos de la epicidad brechtiana, tras la ascensión irreversible del concepto de puesta en escena y la elevación al poder teatral del nuevo director de escena, como creador definitivo del espectáculo, a la manera del director cinematográfico.

Los resultados de semejante renovación teatral poscinematográfica son complejos y paradójicos. En el contexto de sus propósitos de nueva teatralización de la escena agotada hay causas que explican las potencias y límites de la edificación dramática que Leñero ha propuesto para la vigencia del teatro en México, o mejor, para la aparición del México actual en el teatro.

El lenguaje de la imagen cercó al teatro en la dimensión obligada de la fotografía. Impuso el punto de vista como criterio organizador. El mundo como objetivo fotográfico, el artista como fotógrafo imparcial. Sólo resulta fotográfico lo que es violado, sorprendido, desvelado, revelado a pesar suyo, lo que jamás habría debido ser representado porque carecía de imagen y de conciencia de sí mismo. El dramaturgo se violenta a sí mismo para obligarse a ser indiscreto, testigo involuntario o deliberado investigador de una objetividad imparcial. Piscator llamaba *teatro objetivo* a la utopía dramática de un nuevo realismo escénico que respondiera a las exigencias de nuestro tiempo. El nuevo paradigma, como la buena fotografía, no *representa* nada, capta esta no-representación en el extrañamiento radical del objeto. A tal extremo que sólo lo inhumano resulta fotogénico. Esta poética dramática produce un efecto de estupefacción y una consecuente complicidad del teatro con el mundo, semejante a un exorcismo. La fotografía explica el estado del mundo en nuestra ausencia. La teatralidad de Leñero nos ofrece una visión desoladora de lo mexicano para objetivarlo en nuestra ausencia.

Samuel Ramos había iniciado la preocupación filosófica sobre la *identidad del mexicano* a partir de la denuncia de la incapacidad de nuestra cultura para objetivarnos. En ese orden de preocupaciones, Rodolfo Usigli había propuesto una dramaturgia nacional que fuera capaz de recrear la identidad desmascarada del mexicano en un realismo teatral propio. Esa era la impronta estética que impulsó a la deslumbrante generación de dramaturgos que precedió a Leñero. El movimiento teatral de los seguidores de Usigli, Novo y Villaurrutia, consiguió superar con mucho a sus maestros en la consecución de un lenguaje dramático y en la aproximación a una teatralidad mexicana. Produjo grandes obras aisladas de alcances irrepetibles, pero no fue capaz de construir un discurso propio, siempre obediente a paradigmas ajenos, por muy nacionalistas que fueran sus banderas, no logró consumir un paradigma propio y fundar un realismo nacional. Atrasado en sus ambiciones formales y divorciado del fenómeno escénico, se quedó en literatura. Pronto entró en conflicto con la vida del espectáculo y con su comunidad creadora: los actores, los escenógrafos y sobre to-

do, los nuevos directores, que se convirtieron en sus peores enemigos.

Cuando Leñero irrumpe en el teatro mexicano, en el año crucial de 1968, la vida teatral se agitaba en un divorcio violento entre autores y directores. La dramaturgia tradicional en general y la nacional con mayor razón, quedaba súbitamente discontinuada, sin diálogo vigente frente al asalto de una nueva teatralidad emanada del ejercicio del concepto de puesta en escena y sus consecuencias espectaculares. En los teatros de significación cultural campeaban los directores erigidos en creadores y dispuestos a abordar los textos literarios como pretextos para una reelaboración escénica. Las más recientes obras de los dramaturgos de los años inmediatamente anteriores, pertenecían de pronto a un pasado arqueológico. De la Universidad surgía un nuevo público y una nueva generación de artistas teatrales, ajenos al mundillo teatral establecido. La vanguardia regresaba hasta los clásicos para impulsar el teatro del futuro. Nuestros dramaturgos inmediatos, con su realismo trasnochado, fueron arrinconados en el patio trasero de un costumbrismo siempre evitable. La teatralidad ultramoderna de los directores los arrojó al siglo XIX.

El brillante grupo de dramaturgos que había surgido en los años cincuenta se atomizó: Héctor Mendoza, transformado en director de escena, se convirtió en el líder de la nueva teatralidad y en el fundador y maestro del movimiento de directores creadores; paradójicamente en los últimos años ha vuelto en sus trabajos recientes a un teatro preponderantemente textual. Luisa Josefina Hernández intentó transformar su oficio dramático fuera del realismo hasta agotar las posibilidades de la escenificación y entonces inició un tránsito discreto hacia la narrativa. Jorge Ibarguengoitia, exhausto y amargado por la imposibilidad de verificar escénicamente sus textos dramáticos, se dedicó a la narrativa con éxito sorprendente y en sus cuentos y novelas vertió los caudales prodigiosos que contenían sus piezas teatrales inéditas.

Sergio Magaña escribió muy pocas obras más, menores casi todas, productos de una impostura dramática que no conseguía hacer convivir las estructuras tradicionales con la urgente exigencia de innovar a toda costa las formas. El vino nuevo en odres viejos violentó su creatividad y lo confinó a la momificación de una temprana consagración. Emilio Carballido se dispersó en todas las direcciones posibles, atento a todas las modas pasajeras, con éxito desigual aunque presencia tenaz y productividad admirable, hasta diluir el poder y la eficacia de sus intuiciones iniciales. Ni construyó el naturalismo mexicano, ni descubrió la vigencia de la tradición o la novedad de lo olvi-

dado. Consiguió mantener su éxito a costa de ejercitar las fórmulas más fáciles del léxico popular y su teatro creció en cantidad.

En esta perspectiva, Vicente Leñero, como autor dramático, desde su primer estreno —*Pueblo rechazado* (1968)— se convirtió en un caso insólito. Para entonces era ya un escritor ampliamente reconocido nacional e internacionalmente. Su obra narrativa le daba un lugar clave en la literatura iberoamericana posterior a las constantes mágicas de los autores del *boom*. Sus novelas inauguraban estructuras narrativas que establecían una sintaxis insólita, ágil, directa e inmediatamente real, convertían el habla particular y cotidiana en literatura. De la misma manera en que la fotografía se convirtió en arte visual, Leñero elevaba el periodismo a objeto artístico.

Sin embargo estos considerables valores entrañaban ya las grandes contradicciones que el ejercicio teatral haría evidentes y que paradójicamente se convertirían en el motor de su admirable dinamismo dramático: aquellas que desata la dialéctica negativa entre ficción y acontecimiento real y las que surgen entre el texto literario cerrado e inmutable y la esencia efímera, polisémica, viva y cambiante del escenario. En esta dinámica rigurosa, coherente y progresiva va edificando su teatro Vicente Leñero.

Cuando Leñero llega al escenario teatral, venía de la literatura, discípulo de Arreola y de Rulfo, transitaba hacia una desmitificación de lo mexicano. A fuerza de densidad cotidiana, borra la ilusión mágica de perennidad. Testigo de la transformación de la realidad, indaga en el rostro cicatrizado por el acontecimiento. En lugar de estetizar la realidad, transestetiza la literatura hacia el sacudimiento del escándalo según el legado de los escritores de la *novela negra* (Hammet, Chandler...) en una eficaz síntesis y apropiación mexicana que se asume conscientemente para consumir en venganza poética las inevitables e irreversibles influencias que el subdesarrollo y la dependencia cultural suponen. Ya para entonces el cine norteamericano había creado la cosmovisión del mundo moderno.

También venía del periodismo, escritura puntual, laconismo obligatorio, ejercicio testimonial, apasionamiento por el suceso, avidez de noticia, catalizados por una realidad nacional en la que la prensa contribuye a la mitificación y el enmascaramiento; el periodismo de Leñero se identifica con la tenacidad de una prensa desafiante que intenta sortear las reglas crípticas del sistema político mexicano para decir la verdad, porque entiende que ésa es la razón de ser del periodismo, más aún en un país amnésico y oscurecido por las verdades oficiales, a la deriva de impunidades sistemáticas. Un país en el que en efecto, *nadie sabe nada*.

Vocación al escándalo y afirmación del conflicto como síntoma casi exclusivo de la vida social. Este linaje de periodista es necesariamente investigador, semejante al detective que indaga un crimen, menos para encontrar culpables, más para descubrir las causas estructurales del desorden. A nada de esto renuncia Leñero en su quehacer dramaturgico. En varias ocasiones, sus obras se enfrentarán violentamente contra la censura y los abusos de autoridad, provocando espectaculares escándalos nacionales. Al referirse a uno de ellos un periodista del *New York Times* comentaba en 1987: "¡Qué importante es el teatro en la vida política mexicana!".

Sin embargo, en el agotamiento de la utopía modernizadora, en la era de la imagen industrial y la masificación que estetiza unidimensionalmente la realidad, esta vocación indagadora se enfrenta a nuevos desafíos para el teatro. Porque cuando la modernidad pierde la capacidad de creer en el acontecimiento, cuando todo comienza a suceder como simulacro y la realidad se confunde con la ficción, el teatro tiene que deslindar su diferencia para sobrevivir, porque si todo es teatro, nada es teatro. En otras palabras, si el teatro y el periodismo se confunden, si cumplen la misma función, si se estructuran igual, si desvelan los mismos contenidos, uno de los dos sobra. Esta contradicción precisa la dinámica de aquella dialéctica negativa entre realidad y ficción que el conjunto de la obra teatral de Leñero entraña y desarrolla desde su inicial teatro testimonial, desde su teatro documental histórico, desde su teatro hiperreal, hasta su teatro de simultaneidad, plenamente ficción sin que por ello renuncie a ninguno de sus hallazgos y recursos habituales; indagación, documento, inmediatez social, fotografía, estructura cinematográfica, topografía inusitada, especificidad nacional, histórica, moral, ideológica, típica; recursos que ahora eleva a una lectura teatral irreductible, escénica, ilegible como literatura, necesariamente escenificable, como sucede con el guión cinematográfico, sólo que sin perder el dominio sobre los valores puramente literarios. La escritura teatral de Leñero evoluciona desde el descubrimiento de estructuras narrativas eficaces para el desvelamiento testimonial; y la exactitud fotográfica hasta el descubrimiento de una teatralidad irreductible a otro lenguaje: la simultaneidad plural del acontecimiento en el único presente escénico, invisible para la mirada del cíclope del cine o la televisión, para el único ojo de la cámara que tiene que fragmentar la realidad en el *campo* y distribuirla en tiempos secuenciales; la del escritor literario que platica con el tiempo en un lenguaje que desarticula el acontecimiento en los lapsos sintácticos. Por el contrario, un teatro de la simultaneidad de lo vivo y diverso en el mismo instante sólo es posible en el

teatro. Teatralidad poscinematográfica, posliteraria, que desvela con estupor la forma secreta de la realidad y de la historia, más allá de la misma relatividad del documento, en la incomprendibilidad eterna de la vida escénica de la vida. Como sucede prodigiosamente en su obra más reciente: *La noche de Hernán Cortés* (1991).

Fiel a sus métodos y temas, la trayectoria teatral de Leñero no es uniforme sino evolutiva. Se trata de un artista comprometido con sus convicciones estéticas. Sin embargo, la vitalidad de su impulso creador lo ha enfrentado más de una vez a profundas contradicciones que le han exigido cambiar el rumbo. Su obra misma describe la parábola de varias paradojas, gracias a ellas, la teatralidad de Leñero ha evolucionado a la par que han ido cambiando las posturas estéticas de nuestro tiempo. Esta es quizá la cualidad fundamental que se resalta en el conjunto de su obra. Se trata de un artista atento al resultado de sus hipótesis, permanentemente inquieto por la vigencia de lo teatral en la espiritualidad convulsa de nuestro tiempo.

El teatro de Leñero siempre es valiente y propositor. Ya decía muy bien Brecht que el teatro produce un efecto siempre distinto sobre un público siempre distinto. En esto radica quizá la más significativa diferencia entre la obra de Leñero y la de los autores dramáticos que lo preceden y quizá también la clave que explica su envidiable vigencia. Cuando Leñero se inicia como dramaturgo en los años sesenta durante la efervescencia de los experimentos de los directores, recoge la bandera de la causa de los autores dramáticos necesariamente enfrentados a los creadores de la puesta en escena. Se considera asimismo un autor literario e inscribe sus primeras obras dentro del marco estético de lo que se dio en llamar *teatro de autor*. Es decir, una teatralidad que supedita todos los elementos del hecho escénico a la expresión del texto literario, una dramaturgia que adolece endémicamente de una falta de interés por los elementos no textuales del teatro y cuya suerte se asume indiferente ante las diferencias abismales de los estilos de actuación y de los demás elementos que integran el diseño de una puesta en escena. Durante muchos años se sostiene en esta postura y muchas de sus obras son claro reflejo de ella. El detonante del cambio que hará evolucionar su dramaturgia y lo convertirá en un hombre de teatro cabal es su convicción y tenacidad por escribir el teatro para los escenarios de hoy, no de mañana, ni de ayer.

Semejante actitud lo lleva a arriesgarse a someter sus textos a la prueba de fuego de la puesta en escena y aquí aparece otra notable diferencia de Leñero con respecto al autor tradicional decimonónico: Leñero es un artista solidario con los otros artistas y lejos de la proverbial inconformidad del autor desenga-

ñado ante la verificación escénica, Leñero se inmiscuye, defiende su obra, discute con el director, se involucra con los actores, se deja cuestionar, pero sobre todo se deja sorprender.

Esta característica explica en mucho las transformaciones progresivas de esta dramaturgia; se trata de un autor ávido de incorporar lo que resulte eficaz para sus fines teatrales y quizá se trata del único dramaturgo mexicano que ha asumido y practicado plenamente la nueva conceptualización de *dramaturgia* en el teatro mundial de nuestros días: tarea colectiva de especialistas en los distintos lenguajes teatrales y que juntos construyen el texto del espectáculo.

Los resultados son sorprendentes en el conjunto de su obra.

Este teatro poscinematográfico se recrea señaladamente en los procesos de construcción y desconstrucción de las dimensiones espacio-temporales. Se trata de un dramaturgo especialmente escenográfico que otorga una significación decisiva al *lugar de la acción*, sitio-cavidad-edificación elevado muchas veces a personaje central del drama. No es extraño por ello que algunas de las más notables realizaciones escenográficas del teatro mexicano reciente correspondan a los montajes de las obras de Leñero. Tales como las de Félida Medina para *Los albañiles* y *La carpa*, las de Alejandro Luna para *La mudanza* y *La visita del ángel*, las de José de Santiago para *Martirio de Morelos* y *Nadie sabe nada*.

Temáticamente, Leñero es un autor obsesionado por la verdad; la búsqueda de la verdad es su principal motor dramático; la verdad íntima, la verdad histórica, la verdad política, la verdad social, la verdad dramática. Teatro de preguntas y casi nunca de respuestas, la obra dramática de Leñero es la de un hombre de fe, fe en la humanidad miserable, fe en el devenir de la historia, fe en la lucha por la justicia, fe en los secretos ocultos que no tienen voz, fe en el mal, pero sobre todo fe en el teatro y en el poder de su misterio. Sin embargo la fe no consiste en saber porque no sería fe, la fe es una pregunta que aún no encuentra la respuesta. Esto no quiere decir que Leñero desdeñe la ciencia, por el contrario se apasiona por el documento hasta palpar sus límites, fundamenta sus acciones dramáticas en las leyes científicas a la manera del naturalismo, pero más allá de éste, transita hacia aquellos contenidos invisibles que sólo al teatro le ha sido dado tocar; el ejemplo más consumado de esta pasión dramática son las preguntas de su más reciente creación: las que es capaz de formular sobre nuestra realidad nacional el *Hernán Cortés* de la noche de su muerte.

Quizá por ello ha sido posible que Leñero se apropie tan definitivamente de aquel dilema que planteó Usigli para México: "o teatro o silencio".

Luis de Tavira

México, D. F., 15 de octubre de 1991

VICENTE LEÑERO

Nació en Guadalajara, Jalisco, México, en 1933. Se graduó como ingeniero civil en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1958, y como periodista en 1956. Estuvo becado en Madrid, por el Instituto de Cultura Hispánica, en 1956, y en 1968 fue becario de la Fundación John S. Guggenheim. Ha escrito novela, teatro, cine y televisión. Fue director del semanario *Revista de Revistas*, del diario mexicano *Excélsior*, y en la actualidad es subdirector del semanario *Proceso*. Entre sus novelas destacan: *Los albañiles* (Premio Biblioteca Breve 1963 de Seix Barral), *El garabato* (Joaquín Mortiz, 1967), *Los periodistas* (Joaquín Mortiz, 1978), *El evangelio de Lucas Gavilán* (Seix Barral, 1981) y *Asesinato* (Plaza y Janés, 1985).

RELACIÓN DE OBRAS TEATRALES

- *Pueblo rechazado*. Estrenada en el teatro Xola, de México, en 1968. Director: Ignacio Retes. Premio Opera Prima del diario El Heraldo.
- *Los albañiles*. Estrenada en el teatro Antonio Caso de México, en 1969. Director: Ignacio Retes. Premio Juan Ruiz de Alarcón y Premio de El Heraldo. Estrenada en el Volkstheater de Rostock, RDA, en 1980, con el título *Sie haben Don Jesús umgebracht*. Director: Karlheinz Adler. Estrenada en el Teatro de la Aduana de San José por la Compañía Nacional de Teatro de Costa Rica, en 1990. Director: Romberto Cuevas.
- *Compañero*. Estrenada en el teatro Hidalgo de México, en 1970. Director: José Solé.
- *La carpa*. Estrenado en el teatro Reforma de México, en 1971. Director: Ignacio Retes.
- *El juicio (Magnicidio)*. Estrenada en el teatro Orientación de México, en 1971. Director: Ignacio Retes.

- *Los hijos de Sánchez*. (Versión teatral del libro de Óscar Lewis). Estrenada en el teatro Jorge Negrete de México, en 1972. Director: Ignacio Retes.
- *La mudanza*. Estrenado en el teatro Arcos Caracol de la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1979. Director: Adam Guevara. Premio Juan Ruiz de Alarcón.
- *Alicia, tal vez*. Estrenada en el teatro Jiménez Rueda de México, en 1980. Director: Abraham Oceransky.
- *La visita del ángel*. Estrenada en el teatro Sor Juana de México, en 1981. Director: Ignacio Retes.
- *Martirio de Morelos*. Estrenada en el teatro Juan Ruiz de Alarcón de México, en 1983. Director: Luis de Tavira.
- *Pelearán diez rounds*. Estrenada en el teatro Wilberto Cantón de México, en 1985. Director: José Estrada. Estrenada en el Teatro Nacional de Bogotá, en 1989. Director: Ramiro Osorio.
- *Jesucristo Gómez*. Estrenada en el teatro Juan Ruiz de Alarcón de México, en 1987. Director: Ignacio Retes.
- *Las noches blancas* (Versión teatral de la novela de Fiodor Dostoievski). Estrenada en el teatro del Centro Libanés de México, en 1988. Director: Manuel Montoro.
- *Nadie sabe nada*. Estrenada en el teatro Galeón de México, en 1988. Director: Luis de Tavira. Premio María Teresa Montoya de la Unión de Críticos y Cronistas, y Premio del diario El Heraldó.
- Dramaturgia de la obra *Clotilde en su casa* de Jorge Ibarguengoitia, estrenada en el teatro Julio Castillo de México, en 1990. Director: Luis de Tavira.
- *Señora*. Estrenada en el Teatro Experimental de Guadalajara, México, en 1990. Director: Moisés Orozco.
- *Hace ya tanto tiempo*. Estrenada por el Centro Andaluz de Teatro en el teatro Benito Juárez de México, en 1990, y en el Festival de Cádiz, 1990. Director: Ignacio Retes.

OBRAS SIN ESTRENAR

- *¿Te acuerdas de Rulfo, Juan José Arreola?*, 1987.
- *El infierno* (Paráfrasis del *Infierno* de Dante), 1989.

LA NOCHE DE HERNÁN CORTÉS

(Primeras imágenes de la historia, antes de iniciar la elaboración de la obra teatral)

Pienso en un Hernán Cortés viejo: mucho más viejo del que según la historia sobrevivió hasta los sesenta y dos años. Un anciano impaciente y cascarrabias, contemporáneo nuestro quizá, fuera del tiempo seguramente. De golpe este Hernán Cortés podría confundirse con Don Quijote, pero desde luego está muy lejos de serlo, por ambicioso, por carnal, por mala entraña, por plantado en la tierra, aunque como aquel aprovecha los servicios de un escudero, escribano, sirviente, secretario o colaborador al que a veces llama Bernal, otras López de Gomara o Pancho o Tentitl, o como se le ocurra en el momento mismo de darle una orden. El Cortés Anciano vive en una buhardilla-estudio en Castilleja en la Cuesta, muy cerca de Sevilla, en lo que históricamente es el piso alto de la casa de su amigo Alonso Rodríguez de Medina. Ahí sobrevive y desde ahí lanza anhelos por regresar a esa queridísima Nueva España a la que alude de continuo con el nombre de México.

Veo al Cortés Anciano llegar a su buharda una tarde cualquiera del terrible verano, harto de escribir misivas a la Corte del rey y de hacer antesala en las oficinas del Consejo de Indias y no avizorar aún la ansiada solución a ese maldito juicio de residencia. Está de mal humor, sofocado, enfermo a causa de ese calor de 42 grados centígrados en la plaza. Cortés quisiera regresar a la tibieza del altiplano o, en el peor de los casos, al calor de Cozumel soplado por la brisa. Sobre todo recordar, porque día con día la memoria se le patina como un resbalón en la escalera y el pasado se le está derritiendo. Quiere regresar a la Nueva España, como si regresando a la tierra conquistada regresara también a su tiempo de Gobernador y Capitán General y Justicia Mayor. Pero no puede. No consigue siquiera reconstruir con precisión sus momentos de mayor gloria: cuando encontró al señor Moctezuma y caminó con él por

la larga calzada de Iztapalapa, o cuando al fin cayó Tenochtitlán: ¿en qué momento justo ocurrió la victoria?, se pregunta. No puede precisar. No puede recordar. Está anclado a su patria española, a su cuarto de asilo, a su escudero a quien dicta mensajes y cartas de relación y testamentos en vistas a un libro que bien podría convertirse en *bestseller* internacional. Dicta para recordar, y su secretario le va leyendo, noche a noche, el interminable discurso que centellea en la pantalla de un procesador de palabras.

Veo al Hernán Cortés Anciano tratando de reconstruir al Hernán Cortés Hombre Maduro durante su parpadeo de exaltación como Gobernador de la Nueva España. Veo al Hernán Cortés Gobernador en su casona de Coyoacán.

También este Cortés Gobernador, por un momento estatua congelada en el inmovilismo del triunfo hecho poder, de la política convertida en burocracia, intenta recordar al Cortés Conquistador del día de ayer.

El Cortés Gobernador no dicta libros ni pequeñas piezas teatrales: prefiere organizar reuniones nocturnas en la casona de Coyoacán. Acuden capitanes y funcionarios, religiosos y guerreros, halagadores postizos, y sin chistar oyen repetir a su señor hazañas sabidas y resabidas de la Conquista reciente. Los episodios que Cortés Gobernador cuenta esta noche son los mismos que contó la semana pasada: el otro día. Se empeña en repetirlos para ver si así, repitiéndolos, consigue fraguarlos para siempre como se fraguan las estatuas de bronce. Los comensales lo toleran, lo aplauden y hasta lo adulan. Así, contando y contando, el Cortés Gobernador consigue de momento dar existencia tangible al monstruoso capitán que apenas llegado a tierras dominadas por Moctezuma se encuentra con el Cacique Gordo de Cempoala, recibe generosísimo trato y ahí, subido Cortés en lo más alto de la pirámide mayor del templerío de Cempoala decide su gran acción que será definitiva hazaña: derribar escalinata abajo al gran ídolo dios del pueblo totonaca. Si lo hace, es decir, si derriba al gran dios —piensa el pueblo totonaca cuando ve al Cortés Conquistador plantar sus manazas en la piedra sagrada— el sacrilegio arrancará fuego del cielo, sacudimientos de la tierra y desgracias inmensas a este pueblo cobarde que toleró el atrevimiento desmedido del teúl invasor. Los soldados piensan en la reacción violenta de los naturales y apuntan sus ballestas, preparan sus arcabuces, levantan sus espadas porque no tiene remedio: el pueblo les caerá encima apenas el Cortés Conquistador se atreva a derribar al ídolo dios que corona la pirámide. El Cacique Gordo se pasma: detiene el temblor de su papada perruna. La Malintzin recién violada o a punto de entrepiernarse con el Capitán inclina

la cabeza para esconder sus ojos de obsidiana. Los sacerdotes embarrados de sangre y de terror salen de lo profundo de las pirámides invadidos de moscas y en un gesto de dolor infinito se paralizan. Va a suceder... Pero de pronto, guerreros y soldados, sacerdotes y pueblo, ven entrar al escenario, no al templo de Cempoala sino a la casona de Coyoacán donde el Cortés Gobernador recuerda y narra..., ven llegar de improviso a doña Catalina Suárez, la Marcaida, la esposa de Cortés, la muchacha a la que Cortés Muchacho tuvo que cumplir antes de emprender la increíble aventura de los trece navíos, la mujer envalentonada que ahora llega a disfrutar de la gloria y del poder y de la cena de su marido en Coyoacán. Ella no sabe todavía que esa misma noche, en una casona vecina, la querida de su esposo, la gran puta indígena, la bellísima Malintzin está dando a luz al primer hijo varón de don Hernando de Cortés.

Veo al Cortés Gobernador suspender el relato en el momento en que doña Catalina Suárez, la Marcaida, irrumpe en el salón. Y veo al Cortés Conquistador suspender el empellón al ídolo dios de la pirámide en Cempoala. Y veo al Cortés Anciano, desde su buharda, buscar los ojos obsidiana de la Malinche cuando ella los levanta apenas, estando ella abajo, junto al cacique Gordo en prolongado azoro, para tratar de recordar en el cristal negro de esos ojos al otro Cortés, al Cortés Muchacho que de la Española saltaba a Cuba y enamoraba precisamente a una de las hermanitas Suárez que le presentó su jefe y amigo, el gobernador, don Diego de Velázquez. Aquel Cortés Muchacho que el Cortés Anciano primero y luego el Cortés Conquistador recupera en los ojos tímidos de la Malintzin está enamorando precisamente a la Catalina Suárez, que esta noche interrumpe la reunión del Cortés Gobernador. Ya no es mujer sabrosa como la de aquella tarde de seducción en Cuba, bajo el dosel de la cama y entre los encajes de su corpiño, pero sí es la Catalina Suárez que ahora triza la conversación y empaña el recuerdo de un amor de solamente cuerpos que el Cortés Muchacho se vio obligado a pagar con promesas y anillo de matrimonio luego que huyó con la Catalina sabrosa a la que sólo deseaba saborear, ni la quiere ver ahora, aquí en Coyoacán, esta noche en que la Malintzin está dando a luz al primogénito varón de don Hernando de Cortés.

Veo al Cortés Gobernador prenderse de cólera. Lo veo discutir y estrangular finalmente a la Marcaida. Veo al Cortés Guerrero impulsar al ídolo dios que rueda y rueda, escalinata abajo. Y veo al Cortés Muchacho rodar de amor con la Catalina de los sueños que es de pronto la Malintzin dando a luz, entre alaridos.

La fiesta se derrite. Huyen los comensales para no dar fe del crimen. Salen corriendo el Cacique Gordo y sus sacerdotes

y sus moscas. Cortés Gobernador queda solo en el amplio salón de Coyoacán. Muerta la Marcaida, mueren también los recuerdos: la esperanza del Cortés Anciano de regresar a su México de revoluciones y mariachis.

El Cortés Anciano (que desde luego es el mismo que el Cortés Gobernador, que el Cortés Conquistador, que el Cortés Muchacho en el despegue de su vida) no logra conciliar el sueño en esa calurosa noche de verano. Ya empieza a amanecer. Imposible dormir para tratar de recordar. Imposible recordar. Imposible saber. Imposible entender bien lo que ocurrió.

No son imágenes precisas ni definidas las que se presentan en el escenario. Los personajes se desdobl原因 o se multiplican, para luego reducirse, tal vez, a únicamente dos... No hay tesis histórica ni propuesta ideológica. Sólo un intento teatral para ilustrar ese esfuerzo que todos hacemos, desde la inmensidad de la historia misma igual que desde la pequeñez de nuestra biografía privada, para recordar y entender y ver un poco mejor lo que nos ocurre.

Vicente Leñero
Julio de 1990

LA NOCHE DE HERNÁN CORTÉS

(Obra en un acto)

*A Estela, mi mujer.
A José Luis Martínez.*

El diseño escenográfico deberá tener en cuenta que la acción ocurre en cuatro lugares que funcionan a veces, algunos de ellos, de manera simultánea:

Sevilla. Una buhardilla en una casona de Castilleja de la Cuesta, Sevilla, 1547. También podría ser un estudio-biblioteca en 1990: desorden, tiradero, legajos y libros de diferentes épocas por todas partes, armas en desuso, utensilios de guerra maltratados, ropa raída; una gran mesa en la que sobresale, entre libros y papeles, una procesadora de palabras; un cómodo sillón contemporáneo, sillas, una cama... El Hernán Cortés que transita por este espacio es un hombre de sesenta y dos años en vísperas de muerte; es, también, un contemporáneo nuestro en edad decadente.

Coyoacán. Un salón en la casona-palacio de Hernán Cortés, en Coyoacán, Nueva España, Ciudad de México, 1522. Sobresale una gran mesa. Hernán Cortés ha culminado la conquista de México. Es gobernador y capitán general de la Nueva España. Tiene treinta y seis años. Es un hombre envanecido por su hazaña.

Cempoala. Adoratorios totonacas y Templo Mayor en la ciudad de Cempoala, 1519. Sobresale una voluminosa pirámide coronada por dos monolitos que representan a un par de dioses gemelos. Hernán Cortés es capitán de un ejército de aventureros que empieza a internarse rumbo al imperio de Moctezuma. Es tiempo de conquista. Cortés tiene treinta y cuatro años. Es un hombre activísimo, audaz, decidido.

Cuba. Distintos aposentos en Santiago de Cuba, 1514. Sobresale una cama. Hernán Cortés tiene veintinueve años. Es un joven ambicioso, un galán ardiente, un aventurero entusiasta.

Durante el desarrollo de la historia, el personaje de Hernán Cortés cambia de edad y de actitud, según el lugar en que se encuentra, con extrema celeridad. También los personajes de la obra transitan de aquí para allá (y cambian de identidad y de caracterización al hacerlo sin problemas ni tropiezos). Pese a lo "histórico" del asunto no hay —ni debiera haber en la representación— el menor propósito de reconstrucción arqueológica. Se diría que los hechos, por la óptica que los contempla, se antojan contemporáneos. Casi siempre, subrayada y significativamente, los personajes hablan en un español-mexicano de nuestros días. La mezcla con los lenguaje orales y escritos de otras épocas debe enriquecer pero no contradecir la mexicanidad de la propuesta dramatúrgica.

Sólo los personajes de Hernán Cortés y el Secretario (y tal vez el Enano) poseen una identidad única. Los demás forman parte de los "Fantasmas de Cortés", y como tales pueden adquirir algunos de ellos, durante el desarrollo de la historia, distintas y múltiples caracterizaciones.

PERSONAJES

HERNÁN CORTÉS
SECRETARIO
ENANO

Fantasmas de Cortés:

MALINTZIN
DIEGO DE VELÁZQUEZ
CATALINA SUÁREZ, LA MARCAIDA
HERMANA DE CATALINA SUÁREZ
CACIQUE GORDO DE CEMPOALA
FRAY BARTOLOMÉ DE OLMEDO
SACERDOTE INDÍGENA
CAPITÁN JUAN JARAMILLO
PARTERA INDÍGENA
VARONES DE LA NUEVA ESPAÑA,
SOLDADOS Y CAPITANES
INDÍGENAS TOTONACAS

Músicos:

UN MÚSICO EUROPEO
QUE TOCA EL OBOE
MÚSICOS INDÍGENAS QUE TOCAN
INSTRUMENTOS PREHISPÁNICOS

SEVILLA

Luz:

Un hombre está sentado ante la mesa. Teclea en una procesadora de palabras rodeado por inmensos volúmenes y papeles y libretas de épocas tanto presentes como pretéritas. El hombre es el Secretario. En la misma habitación, un hombrecillo inquietísimo, el Enano, realiza toda suerte de tareas mientras brincotea de un lado a otro, silbando, acomodando papeles, jugueteando con las armas dispersas, midiéndose una armadura... De cuando en cuando, el Secretario suspende su tecleo para consultar en los libros y hacer anotaciones en sus papeles, lo mismo que para releer lo escrito en la pantalla de la procesadora o para llamar al orden, con un simple gesto, al Enano.

Detrás del Secretario, en la habitación en penumbras, transitan o se balancean en sus sitios, como si fueran árboles movidos por el viento —siempre susurrantes—, los Fantasma de Cortés. De pronto, mientras el Secretario escribe, alguno de ellos lanza un aullido quejoso. Otro: una risita relacionada con algo que hace el Enano. Otro: un grito de guerra. Uno más: una exclamación que se va desvaneciendo...

FANTASMA. ¡Teúuuuuuuuuuleees!

Se recobra el silencio. Se reinician, a poco, los murmullos en los que participa ahora el Enano: parecen llantos, parecen risas, parecen ruidos de masticación, de pláticas socarronas, de rezos, de cantos suavísimos. En la lejanía: el Músico del Viejo Mundo toca el oboe. Luego se escucha un canto indígena, en maya. Compiten el oboe y el canto indígena. Se impone la canción en maya que entona uno de los Fantasmas: Malintzin. Malintzin interrumpe su canción cuando en un estallido impreca el Secretario:

SECRETARIO. ¡Silencio!... ¡Joder!

Otra vez el silencio entre los Fantasmas, durante un lapso. Vuelven los murmullos. Se impacienta más el Secretario.

Cortés avanza hacia la buhardilla, moviéndose con dificultad. Produce ruidos con la boca: va hablando solo, de manera ininteligible. Carraspea.

El Secretario se alerta ante la inminente llegada de Cortés. Se pone de pie y con una escoba o una espada o una vieja arma, una ballesta quizá —lo primero que encuentre a mano— ahuyenta a los Fantasmas que han acrecentado sus ruidos y su actividad por el cuarto. Los espanta como si fueran animales o muchedumbre estorbosa.

SECRETARIO. ¡Sáquense!, ¡sáquense!... ¡Fuera!

Cortés llega hasta la mesa cuando el Secretario está ocupado en su tarea de ahuyentar Fantasmas, muchos de los cuales se le resisten. El Enano, como si fuera uno de ellos, brinca por todas partes chillando mientras esquiva los mandobles del Secretario.

Cortés no presta atención a la actividad del Secretario. Anda en lo suyo, rumiando ideas: molesto, fastidiado.

CORTÉS. ¡Es la última vez!... Óyeme bien, Gómara: por la Virgen Santísima: es la última vez que hago otra maldita antesala.

SECRETARIO. ¿Nos fue de maravilla, señor?

CORTÉS. Nos fue de la chingada.

El Secretario está terminando de aplacar a los Fantasmas, pero aún continúa distraído.

SECRETARIO. Debe ser el calor.

CORTÉS. ¡Maldito verano andaluz!

SECRETARIO. El Metereológico dice que estamos a cuarenta y dos grados centígrados a la sombra.

CORTÉS. Ni en Cozumel nos asábamos así.

SECRETARIO. Aquí no hay mosquitos.

CORTÉS. Tampoco brisa.

El Secretario concluye su tarea con los Fantasmas. Éstos parecen totalmente tranquilos, inexistentes.

CORTÉS. Vamos a escribir todo esto, Pancho... Escribe.

El Secretario tarda en situarse de nuevo frente a la procesadora de palabras. Cortés se impacienta.

CORTÉS. ¡Con un carajo, Francisco Fernández...!

SECRETARIO. A la orden, señor. Cuando lo dispongamos.

CORTÉS. Escribe.

SECRETARIO. ¿Qué vamos a escribir, señor?

CORTÉS. ¡Silencio! (*Pausa. Se concentra. Dicta:*) Cortés tuvo que aprender por propia experiencia, que la gratitud de una Corte es más en proporción a lo que se promete de lo futuro que a lo que ha recibido de lo pasado. Así que su posición era la de un litigante importuno, cuyas reclamaciones de tierras y encomiendas y títulos en la Nueva España, aunque justísimas, resultaban a la Corte demasiado grandes para ser atendidas desde luego. (*Pausa.*) Un día, Cortés, no pudiendo tener audiencia del emperador Carlos V...

SECRETARIO. (*Interrumpiendo, pero sin dejar de teclear.*) ¿No nos recibió el emperador?

CORTÉS. ¡Escribe!... (*Reanuda.*) No pudiendo tener audiencia del emperador, Cortés se abrió camino por entre la multitud que rodeaba la carroza del monarca, y subió al estribo. Y que preguntando Carlos V “quién era aquel hombre”, Cortés replicó: “El que os ha dado más reinos que ciudades os dejaron vuestros padres”.

SECRETARIO. ¿Eso nos ocurrió esta mañana, señor?

CORTÉS. “El que os ha dado más reinos que ciudades os dejaron vuestros padres”.

SECRETARIO. ¿Así le dijimos al emperador?

CORTÉS. No seas imbécil, Pancho. ¡Cuándo vas a entender! Nosotros no relatamos incidentes, nosotros escribimos la verdad histórica.

SECRETARIO. Sí señor. (*Escribe en la procesadora mientras se dicta a sí mismo:*)... El que os ha dado más reinos que ciudades os dejaron...

CORTÉS. Y eso, que lo firme...

SECRETARIO. ¿Qué cosa, señor?

CORTÉS. Lo que acabas de escribir... Que lo firme... ¿Quién te gusta, Pancho? (*Pausa.*) ¡Voltaire!

SECRETARIO. ¿Voltaire? ¿François Marie Voltaire?

CORTÉS. "C'est, répondit Cortés, celui qui vous a donné plus d'états que vos pères ne vous ont laissé des villes".

Silencio largo. Cortés deambula por el cuarto. Los Fantasmas permanecen inmóviles, mirándolo. Cortés descubre entre los Fantasmas a Malintzin y le sonríe y le acaricia levemente la mejilla. El Enano trata de llamar su atención brincando y haciendo maromas, como un bufón, pero no lo consigue. Cortés examina a otros Fantasmas como si tratara de reconocerlos. Se detiene ante uno de ellos.

CORTÉS. Tú quién eres.

VELÁZQUEZ. Tu enemigo.

CORTÉS. Velázquez.

VELÁZQUEZ. Nunca podrás escapar de mí.

Cortés hace un gesto despectivo a Velázquez y vuelve las espaldas a los Fantasmas. Se deja caer en el sillón, abrumado por el calor.

SECRETARIO. ¿Nos sentimos muy cansados, señor capitán?

En lugar de responder, Cortés extiende un índice hacia el Secretario, para indicarle que escriba lo que va a dictar y dicta, melancólico. Durante su monólogo: movimiento de Fantasmas. Malintzin se aproxima a Cortés y lo atiende, asistida por el Enano: le afloja la ropa, le abre la camisa, le seca el sudor de la frente; lo acaricia tratando de no interrumpirlo.

CORTÉS. Pensé que haber trabajado en la juventud me aprovechara para que en la vejez tuviera descanso, y así ha cuarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer, traer las armas auestas, poner la persona en peligro, gastar mi hacienda y edad, todo en servicio de Dios, trayendo ovejas a su corral, y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi Rey,

sin ser ayudado de cosa alguna, antes muy estorbado por nuestros muchos émulos e invidiosos que como sanguijuelas han reventado, hartos de mi sangre... Véome viejo y pobre... No tengo ya edad para andar por mesones, sino para recogerme a aclarar mis cuentos con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los descargos, y será mejor perder la hacienda que el ánima.

Malintzin ha llevado hasta Cortés un pocillo con alguna bebida que ha servido antes el Enano. Lo interrumpe al entregárselo.

MALINTZIN. Bebe para que te consueles, mi señor Malinche; padre del hijo que voy a parir de la noche.

Cortés reacciona contra Malintzin. De un manotazo despide el pequeño jarro, que se añica en el suelo. Grita, fuera de sí, como en un ataque histérico.

CORTÉS. ¡Bernal!... ¡Bernal!, ¡Bernal!

Los gritos de Cortés asustan y ahuyentan a los Fantasma, que se dispersan fuera de la habitación. Fúrico, Cortés sacude a Malintzin, la golpea, la arroja contra el suelo. Luego impide que escape. La lastima en sus partes sexuales; intenta montarla. Escapa al fin Malintzin. Grita Cortés, agitado, por todo el cuarto y secundado sólo por el Enano.

CORTÉS. ¡Santiago y cierra España, Cristóbal! ¡A ellos!... ¡A ellos! ¡Ballestas adelante! ¡Que nadie retroceda!... ¡Avancen por la derecha, Gonzalo! ¡Disparen!... ¡A ellos!

Cortés parece dirigir un ataque bélico. El Enano toma una vieja ballesta y corre como un soldado por todo el cuarto, obedeciendo. Cortés derriba objetos, libros, vuelca el sillón, mientras el Secretario trata de detener lo que puede.

Durante la exaltación de Cortés, algunos de los Fantasma se convierten en damas y caballeros que se ponen a danzar en parejas, siguiendo la música del oboe, ahora cantarina, alegre: están en Coyoacán. A la fiesta se incorpora Velázquez, que se pone a danzar con Catalina y la Hermana de Catalina: primero bailan en Cuba, luego en Coyoacán.

Otros Fantasma ocupan el entorno de la pirámide de Cempoala y participan en el sacrificio humano que culmina junto a los monolitos gemelos. El Sacerdote indígena alza el corazón de una víctima y se unta la sangre en la cabeza. El Cacique Gordo contem-

pla desde abajo el sacrificio humano. Hasta él llega Malintzin, como en busca de refugio.

Cortés concluye en la buhardilla su imaginario ataque. Termina agotado, gimiente. Se desploma en la cama.

CORTÉS. No puedo, Bernal. No puedo, no puedo. Ayúdame.

El Secretario endereza el sillón y lleva hasta él a Cortés. Ahora es el Secretario quien auxilia a su señor como antes lo hizo Malintzin: le enjuga el sudor, trata de sosegarlo.

La danza en Coyoacán y el sacrificio humano en Cempoala se prolongan unos instantes más, mientras Cortés reposa, jadeante. Luego esas imágenes se disuelven hasta desaparecer o quedar apenas insinuadas. El Músico del oboe deja de tocar.

CORTÉS. No puedo recordar, Pancho. Todo se me olvida... Trato de hacer memoria, me esfuerzo, salgo a caminar por Sevilla y las imágenes se me vuelan como aquellos papalotes de los tlaxcaltecas, Francisco, echados a nadar al viento, ¿te acuerdas?

SECRETARIO. Nos acordamos, señor...

CORTÉS. No, yo no recuerdo, Pancho... Yo no puedo regresar. No me dejan. Me echo a dormir la siesta y no regreso. Y quiero sujetar entre mis manos las mandíbulas de Motecuzoma, y Motecuzoma se me deshiela y se ríe... Y se ríe aquel imbécil de Tendile, ¿te acuerdas?

SECRETARIO. Nos acordamos, señor.

CORTÉS. No seas imbécil, Francisco. No se llamaba Tendile... Tentliti... Se llamaba... ¿Cómo se llamaba el Cacique Gordo? ¿Aquel cacique inmensamente gordo de Cempoal, Pancho, ¿te acuerdas? ¿Lo estás viendo?

SECRETARIO. Lo estamos viendo, señor.

CORTÉS. Dime qué ves, Pancho.

SECRETARIO. No vemos ya al Cacique Gordo de Cempoal, señor.

CORTÉS. Dime qué ves entonces, Pancho.

SECRETARIO. Una gran cordillera de sierras muy hermosas. Y algunas de ellas son en gran manera muy altas. Entre las cuales hay una que excede en mucha altura a todas las otras, y de ella se ve y descubre gran parte de la mar y de la tierra. Y es tan alta...

CORTÉS. (*Estalla.*) ¡No, Pancho, no seas imbécil!... Te pregunto por Coyoacán. Tenemos una casa en Coyoacán, Pancho. ¿La tenemos todavía?

SECRETARIO. La tenemos todavía.

CORTÉS. Una casa donde yo era tu señor.

SECRETARIO. Mi señor gobernador y capitán general y justicia mayor de la Nueva España.

CORTÉS. Gobernábamos.

SECRETARIO. Gobernábamos, señor.

CORTÉS. Cerca de la casa de doña Marina, Pancho.

SECRETARIO. Cerca de la casa de Malintzin, señor.

CORTÉS. Doña Marina, Pancho.

SECRETARIO. Cerca de la casa de doña Marina, señor. Recuerda usted muy bien.

CORTÉS. No, no recuerdo. No puedo regresar... No me dejan regresar a la Nueva España.

COYOACÁN

Se reanuda la fiesta. Vuelve a tocar el Músico del oboe. Los Fantasmas de Cortés, convertidos en conquistadores y damas de lo que empieza a ser la sociedad colonial de la Nueva España, están de visita en la casa de Cortés y manifiestan modales refinados. Ha concluido el baile, pero las visitas forman corrillos sonrientes. Entre esos corrillos se desarrolla el jugueteo seductor de Velázquez con las dos Hermanas Suárez. Ríen las visitas observando cómo,

de pronto, Velázquez persigue por el salón a las Dos Hermanas como si jugaran un juego infantil que mucho celebra, haciendo gran escándalo, el Enano. Velázquez alcanza a la Hermana de Catalina: la sujeta, la manosea, la besa; mientras Catalina, jugando también, trata de compartir los escarceos del gobernador de Cuba. En un momento el Enano intenta acariciar a Catalina, pero ésta lo empella con violencia.

Se interrumpe el juego amoroso de Velázquez y las Dos Hermanas cuando Cortés llega a Coyoacán convertido en Capitán y Gobernador de la Nueva España. Un alabardero lo anuncia con solemnidad.

ALABARDERO. ¡Don Fernando de Cortés! Gobernador y Capitán General, por Su Majestad Carlos V, en la Nueva España del Mar Océano.

Cortés avanza, entre murmullos. Las Dos Hermanas echan a correr, como niñas sorprendidas en una travesura. Tras ellas sale Velázquez. Catalina no huye del todo. Se detiene. Se vuelve. Regresa para ver a Cortés, se diría que fascinada por la presencia del gran señor. Cortés la mira con fijeza y avanza paso a paso mientras las visitas aguardan, expectantes, el encuentro de ambos. Cuando Cortés está por llegar a Catalina, un grito lo distrae y lo detiene. El grito llega desde la pirámide de Cempoala. La que grita es Malintzin.

MALINTZIN. ¡Aaaaaaaaayy!

Cortés busca y encuentra con la mirada a Malintzin. Ella corre hacia el Fraile que está entre las visitas, dolorida, suplicante.

MALINTZIN. ¡Ayúdelo, Fray Bartolomé! Van a matar a mi señor... Nuño de Guzmán, Matienzo, Delgadillo... Lo va a matar Guatemotzín, en las Hibueras. ¡Protéjalo!

FRAILE. Es un asesino.

MALINTZIN. ¡Sálvelo, por Nuestro Señor Jesucristo!

FRAILE. ¡Putá!

El Fraile da un empellón a Malintzin, que cae por tierra. Se levanta y corre entre las visitas, suplicante.

MALINTZIN. Van a matar a mi señor. Van a matar a mi señor. Van a matar a mi señor.

Cortés ya no presta atención a Catalina. Trata de dirigirse a Malintzin, pero las visitas se lo impiden, cercándolo y acosándolo con falsas cortesías. Malintzin echa a correr de nuevo hacia la pirámide de Cempoala, donde sólo se distingue, entre penumbras, al Cacique Gordo, solitario, impávido siempre como un monolito tallado en piedra. Catalina, por su parte, se siente despreciada y desaparece.

Malintzin llega hasta el Cacique Gordo y nuevamente se refugia en sus brazos. Éste la consuela.

CACIQUE GORDO. No llores, florecita de los campos... Estate tranquila, princesita de nuestras playas. Nadie te hará daño, lengua de nuestra lengua.

Cortés desiste de ir hacia Malintzin, acosado por las visitas.

VARÓN UNO. Prosiga, señor Gobernador, estamos muy ansiosos por escucharlo.

CORTÉS. ¿De qué hablábamos?

MUJER UNO. Nos iba a hacer el honor de contarnos su llegada a Izalapa...

VARÓN DOS. Izalacapa...

CORTÉS. No, Iztapalapa.

MUJER UNO. Bueno, eso: Izalapapa... Nos iba a contar su llegada a Izalapapa, cuando salió a recibirlo el señor Mocazuma.

VARÓN UNO. Muteczuma.

VARÓN DOS. No. Moctezuma.

MUJER UNO. No. Mocazuma.

CORTÉS. Moteczuma... El señor Moteczuma. ¿Es así, Pancho? ¿Moteczuma? (*Busca al Secretario. No lo encuentra.*) ¡Pancho!... ¡Francisco Fernández y Pereyra!

SECRETARIO. Señor...

El Secretario llega corriendo. Trae libros y legajos. Muchos papeles se le caen por el camino. Se hace nudo con ellos. No encuentra luego sus lentes. Se precipita para auxiliar a Cortés.

CORTÉS. ¿Motecuzoma, Pancho?

SECRETARIO. Sí señor. Motecuzoma o Moctezuma. Entendemos que es lo mismo. Moctezuma Xocoyotzin. Noveno señor azteca. Fue hijo de Axayácatl y sucedió en el trono del imperio a su abuelo Ahuizótl. (*Leyendo de los papeles.*) El ocho de noviembre del año del Señor de 1519, salió a recibir a nuestro capitán general don Hernando de Cortés, en la calzada de Iztapalapa, frente al templo de la diosa Toci.

VARÓN DOS. (*A Mujer Uno, en secreto.*) ¿Oíste? Iztapalaca.

CORTÉS. Eso, Bernal... Muy bien, muy bien. Ocho de noviembre de 1519, en la calzada de Iztapalapa. (*Solemne, declamatorio.*)... El dicho señor Motecuzoma venía por medio de la calle con dos señores, el uno a la mano derecha y el otro a la izquierda. Todos tres vestidos de una manera, excepto el Motecuzoma, que iba calzado, y los otros señores descalzos. Cada uno le llevaba de su brazo. Y como nos juntamos, yo me apeé y le fui a abrazar solo. E aquellos dos señores... (*Se interrumpe, como quien olvida la línea.*) E aquellos dos señores... E aquellos dos señores...

Tronando los dedos, Cortés llama la atención del Secretario que no encuentra en sus papeles la frase que sigue en el discurso de Cortés. Se impacienta Cortés.

CORTÉS. (*Por lo bajo, al Secretario.*) Texto, texto...

SECRETARIO. Un momentito, señor... Orita...

VARÓN DOS. Con el perdón de su señoría, ese episodio, que todos reconocemos como de gran importancia, fue justamente el mismo episodio que su señoría nos hizo el honor de relatar-nos el pasado viernes.

MUJER UNO. No no, señor capitán, por lo que más ame en este mundo: denos oportunidad de oír de nuevo ese relato. Es fascinante.

VARÓN UNO. Maravilloso.

VARÓN TRES. Conmovedor.

VARÓN DOS. Háblenos mejor del Cacique Gordo de Cem-poal, su señoría... ¿Sigue reinando? ¿Murió?

CORTÉS. (*Interesado de pronto.*) ¿El Cacique Gordo de Cempoal?

VARÓN DOS. Nada se sabe de él por estos rumbos.

CORTÉS. Es cierto... Aunque hace unos instantes, hoy mismo al mediodía, nos acordamos de él. ¿Verdad, Pancho?... ¡Pancho!

SECRETARIO. Perdón, señor.

CORTÉS. ¿Qué estábamos diciendo hoy al mediodía?

SECRETARIO. ¿De qué cosa, señor?

CORTÉS. Del Cacique Gordo de Cempoal.

SECRETARIO. ¿Qué estábamos diciendo?

CORTÉS. Lo recordábamos, ¿no es cierto?... Tratábamos de recordarlo.

SECRETARIO. Así es, señor.

CORTÉS. ¿Qué ha sido de él?

SECRETARIO. ¿Del Cacique Gordo?

CORTÉS. ¿Murió?

SECRETARIO. No lo sabemos, señor. No tenemos noticias. Seguramente.

CORTÉS. (*Interrumpiendo.*) Recuérdate que le ordene a Gonzalo hacerse cargo del asunto... Es interesante, en verdad. Ese Cacique Gordo, si mal no recuerdo...

SECRETARIO. Perdón, señor.

CORTÉS. ¿Qué ocurre, Bernal?

SECRETARIO. ¿A qué Gonzalo tenemos que pedirle?

CORTÉS. ¡Cómo que a qué Gonzalo, Pancho, con un demonio!... ¡A Gonzalo de Sandoval! ¡Cuál otro!

SECRETARIO. Perdón, señor... Es obvio.

CORTÉS. Cada día te vuelves más imbécil, Bernal...

SECRETARIO. Sí, señor.

CORTÉS. Nunca vas a terminar de escribir esta historia. Todo lo olvidas, siempre estás distraído. No conservas en orden mis papeles. Pierdes las llaves. No sabes dónde pusiste los lentes. Dejas que venzan las letras y los pagarés. Tachoneas mis cartas. Confundes las fechas y la pronunciación de los nombres. Pierdes la memoria... Ése, Bernal: ése es tu problema. Estás perdiendo la memoria. Poco a poco estás perdiendo la memoria, y cuando termines de perderla por completo no tendrás absolutamente nada... Serás como un indio sin alma, como una puta sin marido, como un miserable náufrago en la historia...

Cortés reacciona cuando advierte que sus invitados están tiesos, taciturnos, inanimados. Se dirige a ellos con vehemencia.

CORTÉS. ¿Pero qué sucede aquí, señores? ¿Por qué esas caras de duelo? ¿Se terminó el vino? ¿No hay música? ¿Se acabó el entusiasmo? ¿Han terminado de comer?

VARÓN TRES. No hemos cenado aún, señor capitán.

CORTÉS. ¡Pero cómo es posible! (*Palmeando.*) ¡Ea! ¡Vengan las viandas! ¡Y la música! ¡Y el festejo! Son mis invitados. Están aquí para celebrar la gran hazaña de la toma de Tenochtitlán en su aniversario número... número cinco.

SECRETARIO. Número tres, señor.

CORTÉS. Número tres... Venimos a celebrar el tercer aniversario de la toma de Tenochtitlán que mi querido don Francisco López de Gómara, aquí presente (*Señala al Secretario*), comparó con aquella gran gesta... ¿Con qué gesta comparaste la toma de Tenochtitlán, Gómara?

SECRETARIO. Con nada, señor. Nosotros no hicimos ninguna comparación.

CORTÉS. ¡Pero cómo demonios no! ¡Lo recuerdo perfectamente! Cuando dijiste aquello de Alejandro, del ínclito Alejandro.

SECRETARIO. Eso no fue en relación con la toma de Tenochtitlán, señor. Fue... fue... (*Busca en sus libros. No encuen-*

tra.) Fue en Cinpancingo... Sí, ien Cinpancingo!, cuando los soldados querían regresar a Cuba. Y estaban asustados... (*Lee de un libro.*) “Y decían los soldados, pero con miedo: Que mirase el señor capitán, en todas las historias, ansí de romanos como las de Alejandro”/

CORTÉS. ¡Ése, Alejandro Magno! El grandísimo Alejandro. Ni sus más grandes hazañas eran comparables con las nuestras. Así lo reconocíais vosotros, mis soldados.

VARÓN DOS. Así lo reconocimos. Y así dijimos: que ni Alejandro el Grande ni ningún otro de los muy nombrados capitanes que en el mundo han habido se atrevió a dar con los navíos de través... Que eso es buscar la muerte, señor capitán.

CORTÉS. (*Enardeciéndose.*) ¡Ah!, y yo os respondí... ¡De qué manera os respondí! Estuve brillante aquella noche. ¡Cuán bien lo recuerdo, Gómara! Estábamos llegados a Cinpancingo. Muy cansados, es la verdad. Dolidos de trajinar por las sierras, de comer sólo tlacoyos, que así les llamaban los indios a unos como panes de maíz... Habían encendido algunas fogatas. Soplaba frío: un viento frío que resbalaba de la sierra nevada. Ellos hablaron temerosos y luego yo, trepado en un pedruzco, frente a todos, les dicté mi oración.

Cortés ha saltado sobre la mesa de los comensales y desde ahí dicta su alocución. Desde que palmeó para pedir viandas, la atención de los comensales se ha ido relajando paulatinamente. Atentos a la bebida y a la comida que los criados de Cortés sirven en garrafas y enormes bandejas, y que ellos comen desgarrando la carne como seres primitivos y dejando chorrear el vino conque casi se ahogan, los invitados terminan olvidándose de su anfitrión. Hombres y mujeres galantean en lo que empieza a convertirse en una orgía animada por la canción alegre que toca el Músico del oboe. El Enano, que en un principio parece hacer eco al discurso de Cortés, como un incondicional suyo, acaba por integrarse a la comilonga y a la orgía. Reaparecen, debajo de la gran mesa, rodando y riendo con sus juegos eróticos, Velázquez y las Dos Hermanas. Las Dos Hermanas se dejan corretear nuevamente por Velázquez. Huyen luego hacia la buhardilla de Sevilla y ahí continúan sus travesuras sexuales.

CORTÉS. (*Recitando.*) “Señores y amigos: yo os escogí por mis compañeros, y vosotros a mí por vuestro capitán... Yo, como habéis visto, no os he faltado ni enojado, ni por cierto vosotros a mí, hasta aquí. Más empero ahora siento flaqueza en algunos,

y poca gana de acabar la guerra que traemos entre manos... (*Se turba. Ha perdido la línea del texto. Truena los dedos.*) Gómara... Gómara...

SECRETARIO. (*Aproximándose.*) Señor...

CORTÉS. ¿Qué sigue?

El Secretario hojea los libros. Arroja papeles al suelo mientras busca, atribulado, al tiempo que Cortés repite las últimas líneas. Los comensales no prestan atención. Están en lo suyo, arrebatándose las viandas y disputando parejas.

SECRETARIO. Un momentito, señor, un momentito... Ya. Ya estamos. Aquí. (*Leyendo y dictando; luego, nada más dictando.*) No temáis, mis compañeros, de ir y estar conmigo. Ni nadie diga que miedo caiga en mis españoles, ni desobediencia a su capitán.

CORTÉS. (*Retoma, recordando.*)... Ni desobediencia a su capitán. No hay volver la cara al enemigo que no parezca huida; no hay huida, o si la queréis colorar, retirada, que no cause a quien la hace infinitos males: vergüenza, hambre, pérdida de amigos, de hacienda y de armas, y la muerte, que es lo peor, aunque no lo postrero, porque para siempre queda la infamia... la infamia...

SECRETARIO. (*Leyendo y dictando.*) Allende de todo esto, somos obligados a ensalzar nuestra santa fe católica, como comenzamos y como buenos cristianos...

CORTÉS. (*Retoma.*)... Como comenzamos y como buenos cristianos que somos, desarraigando la idolatría, blasfemia tan grande a nuestro Dios; quitando los sacrificios y comida de carne de hombres, tan contra natura y tan usada, excusando otros pecados, que por su torpedad no los nombro. Así que pues, ni temáis ni dudéis de la victoria; que lo más, hecho está ya.

Cortés concluye. Sus invitados se encuentran en plena orgía y desorden: hartos y briagos. Se esperaba una reacción al discurso, pero nadie reacciona. Sólo un Varón aplaude, tardíamente. Otros lo remedan, pero las palmas son mínimas.

SECRETARIO. (*Completa, leyendo.*) Todos quedaron contentos del razonamiento de Cortés. Los que flaqueaban, esforzaron; los esforzados, cobraron doble ánimo...

El Secretario se interrumpe, ante el desdén manifiesto. Cierra el libro. Desde lo alto de la mesa, Cortés observa la poca atención de sus invitados. Su desconcierto se vuelve enojo. Baja de la mesa de un salto.

CORTÉS. ¡Vayan y chinguen a su madre!

Las visitas no reaccionan al insulto de Cortés. La única respuesta parece ser un par de risitas femeninas que llegan desde la habitación de Sevilla. Son las Hermanas Suárez que juegan sexualmente con Velázquez. Cortés lo advierte y va hacia allá, seguido por el Enano que en todo se entromete siempre.

SEVILLA

Cortés sorprende a Velázquez cuando casi ha terminado de desnudar a la Hermana de Catalina. Ella y Catalina ríen.

CORTÉS. ¿Qué pasa aquí?

Los amantes se asustan. Se levanta la Hermana de Catalina y se compone la ropa. Catalina se compone el cabello, disimula, aunque no puede contener la risa. El último en erguirse es Velázquez. También se compone la ropa.

CORTÉS. ¡Cómo se atreven a entrar! (Se interrumpe al reconocer a Velázquez. Reacciona como personaje de vodevil.) ¡Don Diego!... Señor Gobernador.

VELÁZQUEZ. Perdón, Hernán, perdón. Disculpa que hayamos venido hasta tu guarida. No era mi intención, pero... (Sonríe, picarón.) Tú sabes cómo son estas cosas.

La situación es al fin de cuentas embarazosa. Velázquez trata de resolverla con naturalidad.

VELÁZQUEZ. Son las hermanas Suárez, Suárez Marcaida. Acaban de llegar a Cuba con su hermano: Juan Suárez, granadino. Vienen como mozas de Compañía de doña María de Cuéllar. (Presentando a Cortés con ellas.) Él es don Hernando de Cortés, mi secretario y amigo. Con él, hace tres años, conquis-

tamos esta isla... Ahora es el alcalde de Santiago de Baracoa y, sin duda, un gran partido para cualquier dama virtuosa. Es soltero.

Ríen entre sí, ridículas, secreteándose un poco, las Hermanas Suárez. Velázquez lleva aparte a Cortés.

VELÁZQUEZ. La mía es la jamoncita. La otra me estorba. Es metiche y encimosa. Si te gusta, no lo pienses... Es fácil: está ardiendo.

Regresan Velázquez y Cortés con las mujeres, que dejan de secretearse. Se aparta la Hermana de Catalina: regresa con Velázquez mientras Cortés aborda a Catalina.

CORTÉS. Y tu nombre es...

CATALINA. Catalina.

CORTÉS. Catalina Solares y...

CATALINA. No. Suárez. Catalina Suárez Marcaida... En Granada me decían solamente la Marcaida.

CORTÉS. Hermoso apelativo... La Marcaida.

Cortés no pierde tiempo en cortejar a Catalina. Aventura su mano para intentar una caricia. Busca el talle de la muchacha. Catalina tolera en un principio la mano de Cortés, pero luego lo rechaza, aunque sonriente. Cortés insiste y Catalina provoca el juego de seducción. Echa a correr. Después de pensarlo un poco, Cortés va tras ella.

La persecución de Cortés a Catalina es prolongada y ocurre en todas partes, seguida siempre por el Enano, escandaloso y feliz. Los invitados de Coyoacán suspenden su festejo y briagos, con la ropa descompuesta, concentran su atención en la cacería de Catalina por Cortés. También Cacique Gordo y Malintzin, desde el templerío de Cempoala, están atentos a la corretiza que ocurre por momentos en la pirámide. Catalina sube las gradas, es alcanzada por Cortés en la cima, junto a los monolitos gemelos, pero no permite que el capitán prolongue sus caricias. Echa a correr de nuevo, para diversión de los invitados de Coyoacán. Se escucha música de instrumentos indígenas que compite con la música del oboe. Se impone el oboe.

CUBA

Catalina llega, corriendo. Cortés viene atrás y más atrás el Enano. Desde que encontró a Velázquez y a las Dos Hermanas en la buhardilla es un joven de veintinueve años. Catalina se deja caer en la gran cama, agotada por la carrera, jadeante. Cortés salta sobre ella: la besa, febril; rasga su ropa. Empiezan a fornicar.

Los invitados de Coyoacán se disuelven. El Secretario va a la habitación de Sevilla donde se pone a teclear en la procesadora de palabras.

Entre jadeos, a medio desnudarse, fornican Cortés y Catalina observados pícaramente por el Enano, desde un escondite. Concluyen. Cortés se levanta, se arregla la ropa. Catalina se desparrama por el lecho satisfecha, encantada. Hasta ellos llega la melodía que toca el Músico del oboe.

CORTÉS. ¿Oyes eso? Qué hermosura.

CATALINA. Qué cosa.

CORTÉS. La música... Triste, pero muy hermosa.

CATALINA. Yo no escucho nada.

CORTÉS. Por supuesto que no.

Largo silencio.

CATALINA. Habrá que traer a mi madre de Granada y pedirle a Juan que organice la fiesta.

CORTÉS. Cuál fiesta.

CATALINA. ¿Tú crees que don Diego de Velázquez quiera ser nuestro padrino?

CORTÉS. ¿De qué estás hablando, mujer?

CATALINA. Soy feliz, Fernando. Absolutamente feliz.

CORTÉS. ¿De qué hablas?

CATALINA. De nuestra boda.

CORTÉS. ¿Cuál boda?

CATALINA. La nuestra.

CORTÉS. No seas estúpida. Ni que estuviera yo loco.

CATALINA. ¡Fernando!

Cortés inicia la salida.

CATALINA. ¿Dónde vas?

CORTÉS. Voy a ver las ovejas de la hacienda. Tengo un comprador.

CATALINA. Fernando, tú me prometiste...

CORTÉS. Yo te prometí qué... ¿A qué hora?

CATALINA. Me diste palabra de matrimonio.

CORTÉS. Jamás.

CATALINA. ¡Fernando!

En el momento de salir, Cortés se topa con Velázquez y la Hermana de Catalina.

VELÁZQUEZ. Por mí encantado. Encantadísimo... Seré un generoso padrino.

CORTÉS. No me voy a casar.

VELÁZQUEZ. Por supuesto que te vas a casar... Y no te arrepentirás, Hernán. Yo te apoyaré en todo... Impulsaremos tu hacienda, ampliaremos el criadero de vacas. Y si todavía lo deseas: te enlistaremos en la expedición de Grijalva. ¿Te parece?

Cortés se agita. Mira a Catalina, a quien acompaña ahora su Hermana. Risita de las Dos Hermanas.

CORTÉS. ¡Yo no me caso con una puta!

Dos Soldados de Velázquez cierran el paso a Cortés cuando éste intenta salir rápidamente. Forcejea con ellos, mal auxiliado por el Enano. Los derriba y huye. Se inicia entonces una persecución

contra Cortés en la que participan algunos soldados más. Cortés los elude saltando, esquivándolos, empellándolos. Su agilidad es pasmosa. Le permite llegar libre a su habitación.

SEVILLA

Cortés llega sofocado a la buhardilla. Nuevamente es un viejo. El Secretario no ha prestado atención a la corretiza, ensimismado en la procesadora de palabras. Teclea mientras Cortés se deja caer en el sillón. Tarda en hablar.

SECRETARIO. ¿Nos fue de maravilla, señor?

CORTÉS. Como para cagarse en Dios, dirían los mexicanos.

SECRETARIO. (Sorprendido.) ¿Así hablan los mexicanos?

Largo silencio. Nuevamente, algunos Fantasmas de Cortés se hacen presentes, en la penumbra, susurrantes.

CORTÉS. ¿Vino alguien a buscarme, Bernal?

Silencio. Distráido, el Secretario sigue tecleando. Malintzin se aproxima a Cortés: lo abanica, le seca el sudor de la frente.

CORTÉS. Ay Malintzin, Malintzin, Malintzin. Quién volviera a sentir duros tus pechos, húmeda tu cueva, ávida tu piel...

Cortés trae hacia sí a Malintzin. La acaricia, la estruja, la termina arrojando al suelo. Malintzin se levanta con lentitud. Permanece en silencio, resignada, sumisa siempre.

CORTÉS. Tu hijo Martín cumplió veinticinco años ayer, ¿sabías eso? (Pausa.) ¿Sabes qué le dejo en mi testamento?... Mil ducados de oro anuales, durante toda su vida. Además de la legitimación, por supuesto: la bula de Clemente Séptimo.

Malintzin no reacciona.

CORTÉS. ¿Te parece bien?... ¡Contesta, carajo!, ¿te parece bien?

Largo silencio.

CORTÉS. Me desesperas, Marina, nunca estás satisfecha con nada. Siempre de mal humor... Te llené de halagos y de bienes. Te regalé dos pueblos en Coatzacoalcos, te construí una casa en Medinas, te hice pasar a la historia como princesa indígena... Te di amantes, te di un hijo, te di un marido... ¿Qué? ¿No fuiste feliz con Hernández Portocarrero? (Duda.) ¿O no fue Hernández Portocarrero tu marido? ¿Jamarillo? ¿Cristóbal de Olid?... ¡El que haya sido, es igual!... ¿No fuiste feliz?

Malintzin permanece en silencio, se repliega. El Enano ríe con sorna: se ha puesto a dar de maromas por el cuarto, a molestar al Secretario en su procesadora (El Secretario se lo quita de encima a manotazos), a jugar finalmente con una lanza indígena que descuelga de la pared.

Cortés vuelve al sillón, abochornado por el clima.

CORTÉS. Uf, qué calor... qué maldito calor, Pancho... Cozumel, quién estuviera en Cozumel... en Santiago de Baracoa... Cozumel, Cozumel... Cozumel...

El bochorno adormece poco a poco a Cortés. Pronuncia palabras aisladas, ininteligibles mientras cae en un sueño. Ronca como un viejo. La luz decrece: se está haciendo de noche. Malintzin arrebató la lanza al Enano, que no quiere soltarla, y luego enciende un candelabro. El Secretario continúa ensimismado en la procesadora de palabras.

Malintzin se ha quedado con la lanza indígena. A sus espaldas, los Fantasmas de Cortés empiezan a acosarla. Se diría que han organizado un complot e instan a Malintzin para que asesine a Cortés. Murmuran. Se agitan. Se desplazan inquietos por el cuarto. Por la mente de Malintzin parece cruzar la idea de asesinar al hombre que la humilla. Levanta la lanza, azuzada siempre por los Fantasmas, pero termina arrojándola hacia la pirámide de Cempoala mientras el Enano ha tratado, inútilmente, de despertar a Cortés. La lanza se clava al pie de la pirámide. Se escucha el sonido guerrero de los teponaxtlis indígenas. El sonido va en aumento, se vuelve por instantes ensordecedor.

Cortés despierta, alertado por los teponaxtlis. Se levanta de un brinco del sillón, como si saliera de una pesadilla. Se mueve de un lado a otro como si buscara enemigos.

CORTÉS. ¿Qué?... ¡Qué! ¿Qué?

Cesan los sonidos de los teponaxtlis. Se disuelven los Fantasma.

Cortés se da cuenta que estaba soñando, mira al Secretario escribiendo, y se tranquiliza. Se despereza: estira los brazos, las piernas, distiende el cuerpo... En el suelo, bajo el sillón, ha quedado una mancha líquida: Cortés se ha orinado durante el sueño. No parece advertirlo. Se dirige al Secretario como si acabara de llegar de la calle. Fisgonea en la pantalla de la procesadora. Revuelve el pelo del Enano, jugueteando.

CORTÉS. ¿Vino a buscarme alguien?

SECRETARIO. Solamente el doctor Méndez.

El Secretario descubre la mancha de orines en el sillón y en el piso y deja la procesadora para ir a limpiarla. Trajina en eso durante el diálogo con Cortés.

CORTÉS. ¿Quería cobrar?

SECRETARIO. No no...

CORTÉS. ¿Cuánto le debemos?

SECRETARIO. Venía a preguntar por nuestra salud, señor. Se preocupa mucho.

CORTÉS. ¿Qué le dijiste?

SECRETARIO. Que ya conseguimos controlar el chorrillo. Esta semana visitamos el retrete sólo dos veces diarias, en promedio... Lo que todavía no resolvemos es esto. (*Hace referencia a los orines que limpia.*) Insistió mucho en las gotas. Y en la pócima de nanacame.

CORTÉS. Guácala.

SECRETARIO. Dice que todo es cosa de nuestra edad, señor.

CORTÉS. Para la pérdida de la memoria, ¿no le pediste una pócima?

SECRETARIO. No no, se nos olvidó. (*Ríe de su propio chiste.*)

CORTÉS. ¿De qué te ríes, imbécil?

SECRETARIO. Perdón, señor. De nada.

CORTÉS. En realidad ésa es tu única enfermedad, Pancho... La memoria. La falta de memoria. Es lo único que necesitas en esta vida.

SECRETARIO. También necesitamos que el Rey nos haga justicia con nuestras tierras y nuestras encomiendas... y nuestros títulos, señor. Y necesitamos nuestro pasaporte para regresar a las Indias.

CORTÉS. Pero la memoria es más importante que todo eso. ¿No te das cuenta?... Tu memoria, Pancho, la tuya propia. Memoria para recordarlo todo. Memoria para regresar a la Ciudad de México. Para conquistar de nuevo Tenochtitlán. Para volver con el Cacique Gordo a su templo de Cempoal. Para sentir otra vez el ímpetu de tragarte el mundo que sentías en Cuba... Memoria para no morirte, Pancho...

SECRETARIO. Todos tenemos que morir algún día, señor.

CORTÉS. Sí. *(Larga pausa.)* Sí, es cierto. Todos.

SECRETARIO. Todos, señor.

CORTÉS. Todos... Y será mejor dejar perder la hacienda, y la salud, que el ánima.

Sopla una fuerte ráfaga de viento o es, tal vez, el soplado conjunto de los Fantasmas de Cortés lo que apaga las velas del candelabro. Oscuro.

SECRETARIO. Se fue la luz.

CORTÉS. ¡Igual que ayer, carajo!

El Secretario enciende la vela de una palmatoria que le acerca el Enano y se dispone a salir. Lleva bajo el brazo sus inseparables papeles y el Enano le ayuda con algunos libros.

CORTÉS. ¿A dónde vas?

SECRETARIO. Abajo, señor... Vamos a tratar de arreglar el desperfecto.

CORTÉS. Voy contigo.

SECRETARIO. No hace falta, señor... Debemos recordar que el doctor Méndez nos recomendó que no anduviésemos de aquí para allá. Que descansáramos.

Cortés parece convencido de quedarse, pero la oscuridad lo atemoriza de pronto. Oye el susurro y las leves risas de los Fantasmas. El ruido de su trajinar. Se apresura a alcanzar al Secretario.

CORTÉS. ¡Aguarda, Bernal, voy a ti! *(Lo alcanza.)*

SECRETARIO. Le insistimos que no es necesario, señor.

COYOACÁN

Alumbrados por la palmatoria, deambulan Cortés y el Secretario por el salón de Coyoacán. No se ve a nadie, pero quedan algunos restos de la fiesta-orgia que se desarrolló antes: sillas volcadas, alguna prenda femenina en el suelo, restos de comida y de bebida, charcos. El Enano deja los libros sobre la mesa y desaparece.

CORTÉS. ¿Dónde estamos?

SECRETARIO. En Coyoacán, señor... En nuestra casa de Coyoacán. Aquí nos instalamos el 17 de agosto de 1521, cuatro días después de la rendición. Traíamos con nosotros a Fray Bartolomé de Olmedo, a los señores vencidos de Tenochtitlán y Tlacopan, a...

CORTÉS. Sí sí, basta, basta.

SECRETARIO. ¿Ya recordamos bien, señor?

CORTÉS. Por supuesto... Fue la falta de luz lo que por un momento... *(Se interrumpe.)* Estábamos celebrando una fiesta, aquí, hace apenas un rato.

SECRETARIO. ¿Una fiesta?

CORTÉS. Sí sí, hace un rato... Bailaban, comían.

SECRETARIO. Más parece que se produjo aquí una batalla, señor.

CORTÉS. No no, una fiesta. Organicé una fiesta para mis capitanes... supongo.

SECRETARIO. ¿En qué fecha pudo ser?

CORTÉS. ¿La fiesta?... Hace apenas un momento.

Reaparece el Enano. Cruza fugazmente, con sus maromas y risitas. El Secretario lo azuza y el Enano desaparece, como insecto volador. El Secretario examina el lugar. Tal vez enciende un candelabro. Revisa las prendas tiradas, los restos de comida... Huele un trozo de carne, arrojado por ahí.

SECRETARIO. Parece carne humana.

CORTÉS. Imposible. *(Pausa. Reflexivo.)* Aquí sucedió algo muy importante para mi vida y para la historia, Pancho. ¿Qué fue?

SECRETARIO. No estuvimos aquí, señor. Imposible saberlo.

CORTÉS. Claro que estuviste. ¡Acuérdate!

SECRETARIO. No podemos, señor. *(Como si pujara. Cierra los ojos.)* Por más esfuerzos, no podemos recordar.

CORTÉS. Revisa la historia. Qué dicen los libros... Qué dice López de Gómara. ¡Búscalos!

El Secretario se pone a revisar los libros que dejó en la mesa el Enano. Mientras lo hace, Cortés recorre el salón, examinando todo con detenimiento, recordando.

SECRETARIO. López de Gómara no consigna absolutamente nada, señor.

CORTÉS. ¡Andrés de Tapia!

SECRETARIO. *(Revisando legajos.)* Andrés de Tapia, Andrés de Tapia... No no... De la casa de Coyoacán no dice nada.

CORTÉS. Bernal Díaz... ¡Busca en Bernal Díaz!

El Secretario continúa revisando legajos y libros. Cruza el Enano jugueteando, otra vez. Se escucha la música del oboe, tal vez las risas de los Fantasmas que recuerdan la risa de los invitados a la fiesta. Cortés encuentra, bajo la mesa, una mantilla. Es la mantilla que dejó Catalina, cuando jugueteaba por el suelo con su hermana y con Velázquez. Cortés la mira con detenimiento, la huele, la besa. Trata de recordar lo que evoca la mantilla.

SECRETARIO. ¡Aquí está!, ¡aquí está!... Teníamos toda la razón. Bernal escribió efectivamente la crónica de la fiesta. *(Lee:)* “Digamos cómo Cortés mandó hacer un banquete en Coyoacán; y que para ello tenía mucho vino de un navío que había venido de Castilla al puerto de la Villa Rica, y tenía puercos que le trajeron de Cuba. Y para hacer la fiesta mandó convidar a todos los capitanes y soldados, y cuando fuimos al banquete no había asientos para la tercia parte de los soldados y capitanes que fuimos. Y hubo mucho desconcierto. Y valiera más que no se hiciera aquel banquete porque muchas cosas no muy buenas acaecieron. Y también porque esta planta de Noé hizo a algunos hacer desatinos. Y hombres hubo en él que anduvieron sobre las mesas después de haber comido. Y que no acertaban a salir al patio...”

CORTÉS. *(Murmurando para sí durante la lectura.)* Claro, claro... lo recuerdo.

SECRETARIO. *(Prosigue.)* “... Y otros iban por las gradas abajo, rodando... Y ya que habían alzado las mesas salieron a bailar las damas que había con los galanes cargados con sus armas...”

Un golpe de luz, toda la luz, cae sobre el salón e interrumpe la lectura del Secretario, que tanto solazaba a Cortés. Junto con la luz se presenta un grupo de soldados.

SOLDADO. ¿Don Hernando de Cortés?

Cortés se yergue para indicar que es él.

SOLDADO. Daos preso, por orden del señor gobernador de Cuba, don Diego de Velázquez.

Cortés comprende lo que ocurre y se apresta a escapar. Murmura por lo bajo.

CORTÉS. Pinche Catalina.

SECRETARIO. *(Dando voces, alentándolo a escapar.)* ¡Salvemos el pellejo, señor! ¡Salvemos el pellejo!

Estorbados apenas por el Secretario y por el Enano que reaparece para defender a Cortés, los soldados salen en persecución del capitán. Cortés se ve por momentos acorralado, pero huye hacia la pirámide de Coyoacán, luego hacia la buhardilla donde algunos

Fantasma lanzan proyectiles contra los soldados. Ahí, Cortés se prende a una larga liana, o cuerda, o cadena, y como un tarzán vuela agarrado a ella. En actitud circense se suelta de la liana cuando está sobre

CUBA

Cortés cae desde lo alto sobre la gran cama donde se encuentra Catalina, con ropa íntima de recién casada. Catalina, feliz, se prende a su hombre.

Apenas Cortés recibe el abrazo de Catalina, entran en la alcoba Velázquez, la Hermana de Catalina, el Fraile y algunos otros varones principales de la sociedad cubana.

VELÁZQUEZ. ¡Bravo, Hernán, bien hecho!

Cortés se hace cargo de la situación. Al verse rodeado de tanta gente se pone en pie sobre la cama y levanta los brazos en señal de rendimiento.

CORTÉS. Me doy... Es imposible pasarse la vida huyendo. (Pausa. Traga saliva.) Acepto contraer matrimonio ante nuestra Santa Madre Iglesia con la señorita doña Catalina Suárez Marcaida.

Aplausos de la concurrencia. El Fraile se aproxima a la cama y traza la señal de la cruz frente a la pareja. Catalina da palmaditas y chillidos de felicidad; luego es abrazada por su Hermana y ambas se secretean. Velázquez abraza a Cortés.

En torno a la pirámide de Cempoala, mientras tanto, se congregan indígenas que lanzan vítores, ondean banderitas de papel picado y agitan los brazos en señal de recibimiento.

INDÍGENAS. ¡Teúles! ¡Teúles! ¡Teúles! ¡Teúles!

Se diría que estos indígenas jubilosos celebran el casamiento de Cortés con Catalina, pero en realidad están recibiendo a los conquistadores que se aproximan a Cempoala. El escándalo de los indígenas con sus voces, sus teponaxtlis, sus chirimías, llama la aten-

ción de Cortés, al tiempo que el Enano tira de su ropa con insistencia para indicarle lo que ocurre en Cempoala. Cortés lo advierte y muestra intenciones de ir hacia la pirámide. Se engalla.

CORTÉS. ¡Vamos! ¡Al Occidente!... ¡Al Occidente todos!

Velázquez alcanza a detener a Cortés de la ropa. Forcejean.

VELÁZQUEZ. ¡Hernán, por Belcebú! ¡No puedes irte de conquista sin mi permiso!

CORTÉS. ¡Suéltame, imbécil!

Se zafa Cortés. Corre. Dice al Enano, en referencia a Velázquez.

CORTÉS. Hazte cargo, insecto.

El Enano detiene a Velázquez para impedirle que vaya tras Cortés. En realidad, Velázquez no lo intenta con decisión y deja que Cortés salga de ahí dando voces, instando al Secretario.

CORTÉS. ¡A la conquista, amigos! ¡Al Occidente! ¡Apresúrate, Bernal!

Tanto el Secretario como algunos señores que asistieron a la boda se lanzan en seguimiento de Cortés. El Enano es el último en salir corriendo, animadísimo.

CEMPOALA

Cortés llega a Cempoala con su gente. A los caballeros de Cuba se han agregado otros soldados. Los indígenas continúan gritando a manera de recibimiento:

INDÍGENAS. ¡Teúles! ¡Teúles! ¡Teúles!

Al pie de la pirámide se encuentra el Cacique Gordo ataviado con una capa bordada de pedrería; lleva arcillos de oro en orejas y nariz. Se encuentra rodeado por indígenas, algunos de los cuales portan lanzas y arcos con flecha. Junto al Cacique está Malintzin.

Cortés avanza con sus soldados, convertidos de pronto, apenas llegan a la pirámide, en auténticos fascinerosos. Se les ve sucios de la ropa y el rostro, con los ojos saltados por la codicia. Tan pronto ven algún objeto de oro colgando del cuello de un indio, se lo arrancan sin contemplación alguna. También acarician obscenamente a las mujeres indias y no corresponden a las finezas con que los indígenas les ofrecen frutas y agua para beber. El Enano es quizás el más codicioso y el más grosero de los hombres que integran la comitiva de Cortés.

El comportamiento de la soldadesca hace que el entusiasmo de los indios en el recibimiento a los teúles se enfríe casi al instante. Los indios se repliegan, retroceden, se mantienen a la defensiva, mientras tiene lugar el encuentro entre Cortés y el Cacique Gordo que de alguna manera recuerda, remeda, el encuentro de Cortés con Moctezuma.

Entre el humo de copales con que lo inciensan y el tronido de los teponaxtlis que apaga todo posible diálogo, Cortés intercambia regalos con el Cacique Gordo. El Cacique Gordo le entrega por mano de sus sirvientes objetos de oro y piezas de tela bordada, y Cortés le da un collar de cuentas de vidrio que cuelga de su cuello. Cortés advierte que al Cacique Gordo llama la atención los botones de su camisa, y entonces se los arranca de un tirón y se los entrega. El Cacique Gordo recibe con muecas de admiración el regalo de los botones. Para corresponderle, el Cacique Gordo hace una señal a sus servidores y éstos le ponen delante a Malintzin. Cacique Gordo entrega a Malintzin a Cortés. Los soldados españoles ríen con picardía, con sorna. Cortés los acalla con un gesto. Para hacerle notar la calidad de su regalo, Cacique Gordo desprende la camisa de Malintzin y, oprimiéndolos con sus dedos, demuestra la dureza de los pechos de la mujer. Cacique Gordo invita a Cortés a que compruebe por sí mismo esa dureza, y entre sonrisitas de sus soldados, apenas apagadas por los gestos de Cortés, éste oprime los pechos de la Malintzin. Cacique Gordo aplaude. Aplauden también los soldados españoles en franca actitud de chacota, de relajo. Cortés hace finalmente una caricia a Malintzin y cubre su desnudez con una de las mantas que el Cacique Gordo le obsequió. El gesto galante de Cortés complace a Malintzin, pero el Cacique Gordo se enfurruña. Sonríe luego, forzosamente, para contentar al teúl.

Se acrecienta el sonido de los instrumentos musicales de los indígenas en fiesta. En un banquillo de palma, Cortés toma asiento frente al Cacique Gordo. A sus pies queda la Malintzin, y a sus pies también se situará de inmediato el Secretario que llega

corriendo, con libros y legajos, y dejando caer como siempre un montón de papeles. El ruido musical hace que apenas se escuche el diálogo de Cortés y el Secretario.

CORTÉS. Ya era tiempo, carajo. Te estoy gritando desde que salimos.

SECRETARIO. Perdón, señor.

CORTÉS. Me la haces otra vez y te mando azotar como a ese hijo de puta de Ojeda.

SECRETARIO. Es que dejamos unos papeles en Quihuiztlán, señor. No los encontrábamos.

CORTÉS. Siempre tienes pretexto para todo.

SECRETARIO. Perdón, señor. No volveré a suceder. *(Pausa. Observando todo. Advirtiendo a Malintzin.)* ¿Cómo va todo? ¿Nos está yendo de maravilla?

CORTÉS. Parece que sí, pero a este cabrón no le entiendo ni las señas... A ver si tú me traduces bien.

SECRETARIO. Haremos todo lo posible, señor.

Cacique Gordo levanta los brazos y los agita. La música indígena cesa por completo. Se produce un gran silencio. El Cacique Gordo habla a Cortés, siempre de manera teatral.

CACIQUE GORDO. Este es un pueblo rico, hermoso. En los jardines, como enormes cálices colmados de perfumes, se miran los floripondios y las flores del corazón, llamadas Yolloxóchitl... Nuestros dioses nos dispensan con enormes favores, y la vida sería dulce para todos si no existiera el yugo del emperador Moctezuma...

Cacique Gordo se detiene y señala hacia el Secretario, que ha estado tomando notas durante la alocución, para traducir a Cortés.

CORTÉS. Vamos, Gómara.

SECRETARIO. *(Consultando sus notas.)* Dice que sus antepasados habían vivido en gran quietud y paz y libertad. Mas que de algunos años acá está este su pueblo y tierra tiranizado y perdido, porque los señores del México, Tenuchtitlan, con su gen-

te de Culúa, han usurpado no solamente aquesta ciudad, pero aun toda la tierra, por fuerza de armas, sin que nadie se los haiga podido estorbar ni defender.

El Secretario hace una venia a Cacique Gordo para indicar que ha concluido, mientras arriba de la pirámide se alcanza a distinguir cierta actividad en torno a una fogata, como si algo estuvieran asando al fuego los indígenas. Esta actividad en la pirámide no ha pasado desapercibida para Cortés ni para algunos soldados.

Cacique Gordo vuelve a tomar la palabra. Ahora parece más conmovido. Lloro durante su exposición. Gruesos lagrimones le escurren por las mejillas.

CACIQUE GORDO. Los mexicas nos han sojuzgado, gran señor, pero ya no podemos sufrir una luna más los tributos y las vejaciones que nos imponen... Trabajamos para ellos, vivimos para ellos, sufrimos por ellos. Los recaudadores de ese sanguinario Moctezuma se llevan el cacao, el maíz, el oro. Violan a nuestras mujeres y nos obligan a contribuir con numerosos esclavos vírgenes, para que sean sacrificados en los templos de Tenuchtitlan.

Cacique Gordo se enjuga las lágrimas. Un sirviente le da un trozo de manta para que se limpie. Conmovido aún, Cacique Gordo da la palabra al Secretario.

SECRETARIO. *(Consultando notas.)* Dice que ahora que han caído en tan gran error, no pueden prevalecer contra ellos ni desechar el yugo de su servidumbre y tiranía, por más que lo han intentado tomando armas. *(Pausa.)* Ya. En síntesis.

El Secretario hace una venia. Hace una venia Cacique Gordo. Hace una venia Hernán Cortés.

CORTÉS. *(Al Secretario, por lo bajo.)* ¿Piden nuestra ayuda?

SECRETARIO. Con lágrimas en los ojos, señor, lo estamos viendo.

CORTÉS. ¿Estarían dispuestos a una alianza?

SECRETARIO. Quieren una alianza para combatir contra Moctezuma.

Cortés se levanta y vuelve a saludar con la cabeza a Cacique Gordo.

CORTÉS. Dile que trato hecho.

SECRETARIO. (*De pie, a Cacique Gordo.*) Trato hecho.

Cacique Gordo sonríe, satisfechísimo, y palmea en señal de mandato. De lo alto de la pirámide empiezan a descender indígenas llevando en grandes artesas porciones abundantes de carne, al parecer asada. Cortés comprende y se alerta. Cuando la carne está siendo repartida a sus soldados, que ya se arrebatan y dentellean con voracidad, Cortés va hacia las artesas y las vuelca, con estrépito. Empella a los indígenas que las llevan. Se muestra furioso y todavía pateo los trozos de carne que han caído al suelo. Indígenas y soldados se muestran estupefactos.

CORTÉS. (*Durante su acción.*) ¡Sacrilegio! ¡Pecado nefando! ¡Antropofagial!... ¡Raza de víboras!

El Cacique Gordo reacciona gimoteando y agitando las manos, al aire. Cortés se dirige al Fraile y lo pone delante, con energía.

CORTÉS. Predíqueles, Fray Bartolomé. Dígales del Dios único y la Santa Trinidad; de Nuestro Señor Jesucristo y su redención en la cruz. ¡Predíqueles!

FRAILE. (*Desconcertado.*) Pero cómo...

CORTÉS. ¡Cristianícelos!

Cuando el Fraile va a empezar su sermón, desciende de la pirámide el Sacerdote Indígena. Tiene largos cabellos pegoteados de sangre humana seca y uñas enormes. También su túnica está manchada de sangre. Avanza, envuelto en un terrible mosquerío. Escucha al Fraile, conteniendo su rabia.

FRAILE. Quia in Christo Jesu Fílio Dei non solum ad divínam esséntiam, sed étiam ad humánam spectat natúram est per prophétam: Generatiómem ejus quis enarrábit.

Adelantándose, el Sacerdote Indígena interrumpe y replica, en maya:

SACERDOTE INDÍGENA. He thanob ti utzcinahan lae alabebel u xicinob ix ma yumob, ix ma naialob lae. He ix than lae bin tucuntabac bay u tacuntabal ah kan-thixal ti tune... Tali tu chi Dios Citbil.

El ambiente general es tenso. Cortés murmura al Secretario:

CORTÉS. ¿Qué dicen? No se entiende una chingada.

SECRETARIO. Ahora traducimos, señor. Un momentito...

FRAILE. Beáte Dei Génitrix María, cujus víscera inítácta pórmanent: Hódie génuít Salvatórem saéculi.

SACERDOTE INDÍGENA. U chinan Dios coolic u pach tan zuhuy luum, lay tzoliob u cuch numya tu tan ca Yumil t Dios.

FRAILE. Beáta quae crédidit: quóniam perfécta sunt ómnia, quae dicta sunt ei a Dómino Hódie.

SACERDOTE INDÍGENA. Zac petahom canal. Elom ti cab ichil Ox Ahau Katún, Hun Ahau Katun, u lobil oxoit katun.

CORTÉS. (*Interrumpiendo, agitadísimo.*) ¡Basta, basta!... Esto hay que hacerlo así.

Cortés se abre paso empellando a soldados e indígenas y a grandes zancadas trepa por la pirámide. Los indígenas huyen, asustados. Se hace un profundo silencio. Cortés llega a lo alto de la pirámide coronada por los dos grandes monolitos del dios totonaca par. Barre a puntapiés y con su espada la plataforma: la limpia de restos de cadáveres, de piedras, de residuos de fogata.

CORTÉS. (*Desde lo alto.*) ¡Explícales, Bernal! Anúnciales que voy a echar abajo su ídolo, porque para eso viajamos a estas Indias: para destruir la idolatría, para cambiar su religión sangui-naria por la religión de paz y de verdad de nuestro Dios misericordioso.

Cortés se planta frente a uno de los monolitos gemelos dispuesto a empellarlo y hacerlo rodar, escalinata abajo. Cacique Gordo y Sacerdote Indígena se exaltan. El Sacerdote Indígena hace ademanes con aspavientos y se tira de los cabellos mientras grita, aúlla, ladra. Por su parte, Cacique Gordo agita los brazos, gimotea y grita, en todos los tonos posibles.

CACIQUE GORDO. No. No. No. No. ¡No!... No, teúl, ino! No. ¡No!

CORTÉS. (*Desde lo alto.*) ¿Qué chilla ese cerdo, Bernal!

SECRETARIO. Dice que no. Que no lo hagamos, señor. Que no lo intentemos porque su pueblo se alzaré contra nosotros.

CACIQUE GORDO. *(Sin interrupción.)* No. No. No. ¡No!... No. No.

SECRETARIO. Y dice que estallará la cólera de sus dioses. Harán llover fuego del cielo y romperán la tierra para que nos trague.

Los indígenas del Cacique Gordo reaparecen en torno a la pirámide tensando sus arcos y apuntando contra los soldados españoles. Malintzin toma una larga lanza y la sacude. El Secretario llama la atención de Cortés, desesperado.

SECRETARIO. ¡Nos atacan, señor!

Cortés suspende el anunciado empujón a uno de los monolitos gemelos. Los soldados se sienten tomados por sorpresa: están cercados.

CORTÉS. Calma, soldados míos. ¡No se muevan!... ¡No se atreverán!

SECRETARIO. Por defender a sus dioses son capaces de todo, señor. Bajemos de ahí, por la Virgen Santísima.

CORTÉS. ¡Quietos todos!

SECRETARIO. *(Suplicante, lloroso.)* Por los clavos de Cristo, señor. Nos van a coser a flechazos.

La situación se mantiene. Los indígenas apuntan con sus arcos a los soldados, cada vez más cerca. El Cacique Gordo ha dejado de chillar. El Sacerdote Indígena levanta los brazos al cielo como profiriendo una oración silenciosa. Todos están expectantes. Se escuchan teponaxtlis de guerra, lejanos.

CORTÉS. No ocurrirá nada, soldados míos... Mostremos cuál Dios es el más fuerte.

Cortés retoma su movimiento. Tiene sus manos sobre el monolito gemelo y lo empuja con toda su fuerza. La expectación general se prolonga porque el monolito no cede. Insiste Cortés. La piedra se aparta de su base y al fin se vuelca, impulsada por el capitán. Todos los observadores contienen el aliento.

El monolito gemelo rueda, escalinata abajo, y se rompe en su caída brutal. Al quebrarse, al pie de la pirámide, levanta junto con

su estruendo una abundantísima nube de polvo que casi borra a los concurrentes al episodio.

Cesan los teponaxtlis de guerra. Se escucha, apenas, la música del oboe. Largo silencio en lo que se despeja la nube de polvo. Los guerreros indígenas se muestran absortos: no ha llovido fuego del cielo ni se ha resquebrajado la tierra. Tampoco ellos se han atrevido a disparar sus arcos. El Cacique Gordo tiene la boca abierta, y babea. El Sacerdote Indígena se ve asustadísimo, aunque furioso. Los soldados de Cortés estallan al fin en gritos de júbilo. Luego se dispersan. También se van retirando, poco a poco, los indígenas. Desaparece el Cacique Gordo. Desaparece el Sacerdote Indígena. Cuando Cortés desciende por la escalinata, sólo quedan en la plaza de Cempoala, el Sacerdote y Malintzin, aferrada a su lanza. El Enano se ha lanzado a perseguir indios, burlándose de ellos con bufonadas.

Cortés suelta una risotada.

CORTÉS. *¿Lo escribiste todo, Bernal? ¿Con todo detalle? (Ríe.) Que nada se nos olvide. Ni el gesto maricón del Cacique Gordo ni los aspavientos de ese asqueroso monigote saca-corazones... Yo lo sabía, Bernal. Estaba seguro de que jamás dispararían esos arcos. (Ríe.) Esta es la verdadera historia de la conquista de la Nueva España. Escríbela con precisión. Que nada se pierda. (Envanecido.) Dibújame con tus mejores palabras arriba de la pirámide. Cómo empujé al ídolo con toda mi fuerza mientras el Cacique Gordo chillaba y tú te orinabas en los calzones. Cómo la piedra empezó a ceder y a ceder y a ceder. Hasta que al fin, de pronto... ¡cataplúm! (Ríe con estruendo.) (Habla en dirección a la cama de Cuba.) ¿Qué piensas ahora, Velázquez? ¡Nada eres frente a mí! Estas tierras van a ser todas mías con sus millares de indios para trabajarlas y sus infinitas montañas de oro. ¡El reino de Motecuzoma a mis pies! ¡De rodillas! (Ríe.)*

Cortés interrumpe su risa cuando vuelve la cabeza y observa a Malintzin arrodillada, reverente. Va hacia ella. La levanta.

CORTÉS. *(Dulce.) No, muchacha, tú no... Hablo de Motecuzoma, el tirano que esclaviza a tu pueblo. Para ti no son las guerras ni estas armas. (Le quita la lanza y la arroja por ahí.) Para ti es lo mejor del hombre: su ballesta.*

Cortés acaricia a Malintzin, riendo, sonriendo. Ella se resiste pero termina cediendo. Se deja tocar por Cortés. Ruedan por tierra.

Desde que Cortés se ha aproximado a Malintzin se hace presente el Enano. Curioseosa como un fisgón y mucho se divierte con el revolcón de Cortés y Malintzin. Es el Secretario quien va directamente hasta el Enano y le obliga a que deje de mironear y a que abandone el lugar, junto con él.

Mientras Cortés fornicaba con Malintzin, el Secretario y el Enano caminan rumbo a la habitación de Sevilla. Por el camino, el Secretario va dictando al Enano la lección antropológica. El Enano casi no presta atención. Desde cualquier punto gira la cabeza para seguir mirando el encuentro amoroso.

SECRETARIO. (*Pedagógico.*) Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche. De ahí el éxito del adjetivo despectivo "malinchista", recientemente puesto en circulación por los periódicos, para denunciar a todos los contagiados por tendencias extranjerizantes. Los malinchistas son los partidarios de que México se abra al exterior: los verdaderos hijos de la Malinche, que es la Chingada en persona.

El Secretario termina su lección cuando ya se ha sentado ante la procesadora de palabras y se ha puesto a escribir. El Enano sigue buscando, a la distancia, el abrazo de Cortés y Malintzin.

Cortés termina de fornicar con Malintzin. Se yergue. Toma entre las manos agua de un pequeño estero y se lava la cara. Luego revisa las piedras del monolito derribado y regresa con Malintzin.

CORTÉS. ¿Cómo aprendiste nuestra lengua?... ¿Así? ¿Follando con los soldados? (*Sonríe.*) No lo haces mal, ¿eh? Nada mal.

Malintzin va a retirarse. Cortés la detiene de un brazo, enérgico.

CORTÉS. ¿A dónde vas?

Malintzin vuelve la mirada a otra parte.

CORTÉS. Desde hoy quiero que estés a mi lado, siempre, de la mañana a la noche, cuando yo diga... ¿Entiendes?

MALINTZIN. Sí, señor Malinche.

CORTÉS. Para que me des de comer, para que me calientes el petate, para que me alivianes mis furores.

Malintzin asiente.

CORTÉS. Tienes ojos hermosos. Parecen obsidianas. *(Pausa.)* ¿Cómo te llamas? *(Pausa.)* ¿No entiendes?... Tu nombre.

MALINTZIN. Malintzin.

CORTÉS. Pero cómo te pusieron. Cuando te cristianaron.

MALINTZIN. Marina.

CORTÉS. Ah, muy bonito nombre... Es muy usado y muy querido en Valencia, allá por donde nosotros vivíamos.

MALINTZIN. ¿Dónde?

CORTÉS. Allá. Muy lejos. Al otro lado del mar... Donde hace mucho calor por estas fechas. Y no hay brisa. Ni árboles como los de aquí. Ni frutos tan jugosos como los de tu tierra.

MALINTZIN. ¿El mar?

CORTÉS. Sí, al otro lado del mar... El mar de Marina. *(Pausa.)* Así que ése es tu nuevo nombre. ¿Cuál te gusta más?

MALINTZIN. ¿El nombre?

CORTÉS. Sí, ¿cuál te gusta más?

MALINTZIN. Marina.

CORTÉS. ¿No te gusta más el tuyo? ¿Malintzin?

MALINTZIN. No. Marina... Me gusta Marina.

CORTÉS. Dices bien. Piensas bien... Eres inteligente.

MALINTZIN. Sí, mi señor.

CORTÉS. Eres inteligente, Marina.

MALINTZIN. Sí, mi señor Malinche.

Malintzin se dirige a la lanza que ha quedado tirada por ahí y la levanta. Va a retirarse con ella.

CORTÉS. Estás necia en irte.

MALINTZIN. Sí, mi señor.

CORTÉS. Sin mi permiso... ¿No te enseñaron que debes pedir permiso a tu señor para ir a donde quieras ir?

MALINTZIN. Pido permiso a mi señor.

CORTÉS. ¿Para ir a dónde?

MALINTZIN. A mi casa... A la casa de Medinas. Coyoacan.

CORTÉS. ¿A tu casa en Coyoacán?

Malintzin asiente.

CORTÉS. ¿Y a qué vas sin mi permiso?

MALINTZIN. A parir al hijo de mi señor.

Cortés se paraliza unos instantes, lo que aprovecha Malintzin para retirarse, lanza en mano. Cortés se ve solo, de pronto. Da voces mientras busca por todo el lugar —entrando en el templo, examinando cada hueco—, y no encuentra a nadie.

CORTÉS. ¡Ea, señores! ¿A dónde se han ido todos!... ¡Gente! ¡Soldados míos! ¡Bernal! ¡Gonzalo! ¡Andrés de Tapia!... ¡Cristóbal de Olid! ¡Pedro de Alvarado! ¡Portocarrero!... ¡Jaramillo!

CAPITÁN JARAMILLO. (Voz.) ¡Presente, señor!

COYOACÁN

En su búsqueda de gente, Cortés se ha trasladado a su casona en Coyoacán. El Capitán Jaramillo aparece y avanza hacia Cortés. Detrás de Jaramillo comienzan a distinguirse los invitados a la fiesta que se han visto en ocasiones anteriores. Los invitados avan-

zan con curiosidad: como quienes se asoman para saber quién da voces. El lugar se llena de nuevo con ellos.

CORTÉS. ¿Quién responde a mi llamado?

CAPITÁN JARAMILLO. Jaramillo, señor. Juan Jaramillo, a la orden.

Cortés lo examina, con extrañamiento.

CORTÉS. No te recuerdo. ¿Tú quién eres, muchacho?

CAPITÁN JARAMILLO. Soy el capitán Juan Jaramillo, señor... Yo iba a bordo del bergantín Santa Clara en la toma de Tenochtitlán... ¿Ya me recuerda?... Por la calzada del Tepeyacac.

CORTÉS. Tu nombre, perfectamente. Tu rostro es el que no puedo traer a la memoria... ¿Eras gente de Narváez?

CAPITÁN JARAMILLO. He estado siempre al servicio de mi capitán general don Hernando de Cortés. Desde que desembarcamos en el Grijalva.

CORTÉS. *(Pensativo.)* Jaramillo... *(Miente para resolver la situación.)* Ah sí, claro. Jaramillo... Por supuesto.

CAPITÁN JARAMILLO. ¿Ya sabe quién soy?

CORTÉS. Sí sí, desde luego. Cómo no.

CAPITÁN JARAMILLO. Cuando mi capitán general nos mandó destruir los ídolos del Templo Mayor y prender...

CORTÉS. Ya te recuerdo perfectamente. No necesitas contarme nada. Es sólo que a veces, quién sabe por qué, esta memoria mía... *(Se interrumpe a sí mismo.)* ¿Y qué estás haciendo aquí?

CAPITÁN JARAMILLO. ¿En Coyoacán?

CORTÉS. ¿Estás aposentado en esta villa?

CAPITÁN JARAMILLO. Mandé traer una partera con el fin de que se hiciera cargo.

CORTÉS. ¿Una partera para quién?

CAPITÁN JARAMILLO. Para la señora doña Marina, señor... Ya lleva lo que va del día en sus trajines.

CORTÉS. *(Siempre muy extrañado.)* ¿Dónde está?

El Capitán Jaramillo señala hacia el fondo del salón, en un área que los invitados no permiten ver. Cuando Cortés intenta localizar a Malintzin por el rumbo que señala Jaramillo, los invitados se apartan, permiten el paso y hacen visible a Malintzin. Se encuentra hundida en la penumbra, con los brazos atados a una viga que la fuerza a estar de pie. Está sufriendo los dolores del parto. A sus pies acciona la Partera Indígena.

MALINTZIN. Aaaaaaaaaaayyy.

PARTERA INDÍGENA. Esfuérrate, hija mía. ¿Qué te haremos? No sabemos ya qué hacerte... Mira que tú sola has de hacer este negocio.

MALINTZIN. Aaaaaaaayy.

PARTERA INDÍGENA. Haz fuerza con el caño de la madre para que salga la criatura... Hija mía, muy amada, mira que eres mujer fuerte. Esfuérrate y haz como mujer varonil. Haz como hizo aquella diosa que parió primero, que se llamaba Cihua-cóatl y Quilaztli. Quilaztli es la mujer que primero parió.

MALINTZIN. Aaaaaaaayy.

Algunos invitados se apartan y cubren de nuevo la visión de Malintzin. Cortés no. Permanece observando a Malintzin en su trabajo de parto.

MUJER UNO. Qué horror.

MUJER DOS. No deberían permitir estos espectáculos a la vista de todos.

VARÓN DOS. ¿Y qué hacen si la criatura se muere dentro del vientre de la madre?

VARÓN TRES. Estas parteras indígenas son sumamente hábiles.

VARÓN DOS. ¿Pero qué hacen?

VARÓN TRES. Cuando la partera ve que la criatura está muerta, allá dentro, porque ya no se mueve, y que la paciente está con gran pena, entonces mete la mano por el lugar de la generación de la parturienta, y con una navaja de obsidiana corta el cuerpo de la criatura y lo saca después a pedazos.

MUJER UNO. Qué horror.

MUJER DOS. Son como animales.

VARÓN DOS. Es lamentable que estos indios no tengan alma.

El Varón Tres se desentiende de sus compañeros y va hacia Cortés cuando éste se aparta, definitivamente, del espectáculo de la Malintzin pariendo. Lo aborda. (Los demás invitados se aproximan después.)

VARÓN TRES. Entonces usted piensa, señor gobernador, que ese acto de extremada audacia fue determinante en la conquista de estas tierras.

CORTÉS. *(Distraído.)* ¿Qué cosa?

VARÓN TRES. De lo que estábamos hablando, señor gobernador. En Cempoal... El Cacique Gordo, ¿se acuerda?... Nos relataba su señoría, con esa viveza que lo distingue, cómo subió hasta lo alto de la pirámide...

CORTÉS. *(Interrumpiendo, nervioso.)* Sí sí, lo tengo muy presente.

VARÓN TRES. ¿Y qué piensa su señoría?

CORTÉS. En este momento, nada. *(Reacciona.)* ¿Qué pienso sobre qué?

VARÓN TRES. Sobre cómo penetró la civilización a este nuevo mundo.

CORTÉS. ¿Y cómo fue?

VARÓN TRES. Así como su señoría lo cuenta. Esa mañana, cuando derribó de la pirámide a ese ídolo horrible...

El Varón Dos se aproxima, con una pequeña libreta en mano, y lee, solemne, para completar lo que dice el Varón Tres.

VARÓN DOS. “Por la virtud de una religión abierta a los siervos, quedó consumada ahí en Cempoala, entre indios y españoles, una alianza que ya no se rompería jamás, una unión más firme que los pactos de guerra”.

CORTÉS. ¿Eso quién lo dice?

VARÓN TRES. También citan el conjunto de cualidades, aptitudes... y monstruosidades, con que su señoría contaba para emprender tan grandísima hazaña.

CORTÉS. ¿Y cuáles son esas?

VARÓN DOS. (*Leyendo.*) Resistencia física y adaptación a los climas. Necesidad compulsiva de acción...

CORTÉS. (*Interrumpiendo.*) ¿Cualidades para derribar al ídolo?

MUJER UNO. No no, para todo, capitán. Todas sus cualidades personales.

VARÓN DOS. ¿Quieres oírlas, señor gobernador?

CORTÉS. (*Sonríe, envanecido.*) ¿Todas mis cualidades?... Vaya.

VARÓN DOS (*Leyendo.*)... Calculada audacia y valentía. Comprensión y utilización de los resortes psicológicos y los móviles del enemigo y de sus enemistades internas. Evaluación de las circunstancias y decisiones rápidas ante ellas. Dominio de los hombres, con una mezcla de severidad, tolerancia y objetividad. Acertada elección de sus capitanes. Don de mando y de organización para convertir en ejército disciplinado a un grupo heterogéneo de aventureros. Aceptación impávida del crimen y la crueldad por razones políticas y tácticas. Ausencia de escrúpulos morales. Codicia por el oro y los bienes patrimoniales. Mezquindad para dar ese oro a sus soldados. Avidez erótica puramente animal. Gusto por la pulcritud personal. Interés y amor por la tierra conquistada y su pueblo. Intensa religiosidad y fidelidad a su rey.

Largo silencio. Cortés se muestra pensativo.

CORTÉS. ¿Es todo?

MALINTZIN. (*En la lejanía.*) Aaaaaaayy.

CORTÉS. ¿No dicen más sus apuntes?

MUJER UNO. En verdad, yo no estoy de acuerdo con muchas de las apreciaciones. Su señoría tiene grandes escrúpulos morales, me consta.

CORTÉS. ¿No dice nada sobre la memoria?

VARÓN DOS. ¿Sobre la memoria, su señoría?

CORTÉS. Excelente memoria para registrar hasta el menor detalle de los acontecimientos... Capacidad retentiva. Posibilidad de regresar con el recuerdo a una historia que... (*Se interrumpe. Se torna pensativo.*)

Durante la situación anterior, el Secretario ha abandonado en Sevilla su tarea ante la procesadora de palabras, y después de escoger nuevos libros y legajos auxiliados por el Enano, abandona la buhardilla y transita hasta el ámbito de Cuba. En él, Catalina Suárez está terminando de preparar su atuendo y su equipaje para salir de travesía. La ayuda la Hermana de Catalina, mientras Diego Velázquez observa los preparativos y el trajín de las mujeres.

El Secretario y el Enano se sorprenden al descubrir las acciones de Catalina. Rápidamente se dirigen a la casona de Coyoacán. Llegan cuando Cortés ha interrumpido su parlamento. El Secretario está jadeando, ansioso. Lo mismo el Enano, que no deja de gesticular.

SECRETARIO. Señor gobernador, señor gobernador...

CORTÉS. (*Ajeno.*) Qué bien que llegas, Gómara. Necesito tu ayuda para recordar aquel episodio.

SECRETARIO. Estamos en grave peligro, señor. Es imprescindible tomar providencias.

CORTÉS. ¿Se levantaron los de Zoquiapan?

SECRETARIO. No, señor... Salgamos de aquí.

CORTÉS. ¿Qué ocurre, Gómara?

SECRETARIO. Debemos despedir a todos los invitados.

CORTÉS. ¿Qué ocurre?

SECRETARIO. Doña Catalina está por llegar a Coyoacán, señor.

CORTÉS. ¿Quién?

SECRETARIO. Doña Catalina. Desde Cuba.

CORTÉS. ¿La Marcaida?

SECRETARIO. Nuestra esposa, señor.

CORTÉS. No puede ser.

SECRETARIO. Desembarcó en la Villa Rica. Está por llegar.

CORTÉS. (*Estallando, por lo bajo.*) Pero quién le autorizó a esa hija de puta...

SECRETARIO. Ya llega, señor.

CORTÉS. No tiembles, Gómara. ¡Por las lágrimas de San Pedro, consérvate vertical! No hay razón para huir. Al contrario, recibámosla con un bran banquete. (*Alzando la voz, hacia los invitados.*) ¡Atención, queridos amigos! Escuchadme todos. De un momento a otro arribará a esta casa, a la casa de quien tan gustoso os recibe, doña Catalina Suárez Marcaida, mi legítima y amantísima esposa, a quien no tengo la gracia de ver y de abrazar desde que abandoné la Isla de Cuba para venir a conquistar estas tierras. ¡Recibámosla con alegría! ¡Que suene la música! ¡Que resuenen los aplausos!

Los invitados se ponen a aplaudir, y el Músico del oboe a tocar una melodía alegre. Catalina irrumpe en el salón acompañada por su hermana y por Diego Velázquez. Está furiosa. Se dirige a Cortés, que en balde abre los brazos aparatosamente para recibirla.

CATALINA. ¡Quién permitió que esa puta viniera a hacer aquí sus porquerías!

CORTÉS. Bienvenida a la Nueva España, amada Catalina.

CATALINA. ¿No entiendes lo que estoy diciendo? ¿Estás sordo?

CORTÉS. De qué hablas, mujer.

CATALINA. De esa puta que vino a parir aquí a ese hijo bastardo. ¡Tu hijo, Fernando!... Ésa es una ofensa que no voy a permitir.

CORTÉS. *(En referencia a los invitados.)* Catalina, por Dios.

CATALINA. Además dejó todo manchado mi jardín, con su reguero de sangre.

Cortés va a decir algo, pero se arrepiente. Los invitados abren paso a Malintzin que avanza desde la penumbra con un recién nacido en los brazos. Detrás de ella camina la Partera Indígena.

PARTERA INDÍGENA. Hijo mío, muy amado y muy tierno: eres pájaro que llaman zaquán y también eres ave y soldado del que está en todas partes. Pero esta casa donde has nacido es una posada donde has llegado; es tu salida para este mundo. Aquí brotas y floreces, aquí te apartas de tu madre, como el pedazo de la piedra donde se corta. Ésta es tu cuna y lugar donde reclinas tu cabeza. Solamente es tu posada esta casa, tu propia tierra otra es. Para otra parte estás prometido, que es el campo donde se hacen las guerras, donde se traban las batallas. Tu oficio y facultad es la guerra. Tu obligación es dar de beber al sol, sangre de los enemigos.

Cuando Partera Indígena concluye se produce un gran silencio. Cesa la música del oboe. Los invitados están a la expectativa. Malintzin va hacia Cortés.

MALINTZIN. Vete de aquí, señor Malinche. Regresa al lugar donde naciste... Van a matarte.

Malintzin camina hasta Velázquez.

MALINTZIN. Van a matar a mi señor. Conspiran contra él: Nuño de Guzmán, Delgadillo, Guatemotzín. *(A los invitados.)* Los de Cholula van a tender un cerco a mi señor... Van a matarlo.

Malintzin regresa a donde está Cortés.

MALINTZIN. Olvídalo todo. Regresa al lugar donde naciste. No recuerdes nunca.

Largo silencio. Reacciona Catalina.

CATALINA. ¿No vas a decir nada, Fernando? ¿Vas a dejar que esta miserable puta india te insulte y me falte al respeto aquí, en mi casa, con ese horrendo feto bastardo?... ¿No vas a decir nada, Fernando?

Cortés permanece serio, inmóvil, igual que todos los invitados. Catalina estalla, ademaneando.

CATALINA. ¡Largo de aquí! ¡Largo! ¡Fuera!... ¡Fuera de mi casa! ¡Lárguense!

Los invitados se retiran: algunos rápidamente; otros cohibidos, caminando de espaldas, lentos. También Malintzin y Partera Indígena salen, pero muy despacio.

El Secretario rompe el silencio. Se llega hasta la mesa con libros y legajos, mientras el Enano se esconde debajo y no deja de lanzar, de aquí en adelante, risitas de sorna. El Secretario toma asiento, revisa papeles y comienza dando explicaciones como un escritor que intenta justificar sus escritos.

SECRETARIO. Aquí es donde tratamos de retomar la acción original, y escribimos lo siguiente... Perdón, a ver si están de acuerdo con el texto. *(Pausa.)* Escribimos lo siguiente. *(Lee.)* Durante la fiesta había reinado el mejor humor entre ellos, sin que manifestara la Marcaida adolecer de mal alguno. Pero no dejaron de notar los presentes que se retiró corrida y disgustada por una broma de mal género que Cortés se permitiera acerca de ella. Lo que refiere uno de los testigos presenciales de la siguiente manera: La Marcaida, dirigiéndose al capitán de artillería, un tal Solís, le dijo:

CATALINA. *(A Velázquez.)* Vos, Solís, no queréis sino ocupar mis indios en otras cosas de lo que yo mando. Y no se face lo que yo quiero.

SECRETARIO. *(Leyendo.)* A lo que el capitán Solís respondió.

VELÁZQUEZ. Yo, señora, no los ocupo. Allí está su merced, *(Señala a Cortés)* que los manda y ocupa.

SECRETARIO. *(Leyendo.)* Entonces replicó doña Catalina:

CATALINA. Yo os prometo a vos que antes de muchos días haré de manera que nadie tenga que entender en lo mío.

SECRETARIO. (*Leyendo.*) Entonces don Hernando, terciando en la conversación, dijo:

CORTÉS. ¿Con lo vuestro, señora? (*Ríe.*) ¡Yo no quiero nada de lo vuestro!

SECRETARIO. (*Leyendo.*) Y aunque esto lo dijo don Hernando en son de burla, corrióse tanto doña Catalina que de ahí a poco se retiró... No marchó sin embargo a la cámara nupcial, sino que se detuvo en el oratorio a desahogar su dolor y su vergüenza... Allí, en la soledad y en la penumbra, ante las santas imágenes, pidió a Dios que la llevase de este mundo, poniendo así fin a sus constantes sufrimientos. Allí vinieron de nuevo a su memoria los desdenes e infidelidades de don Hernando, sus días de abandono y soledad en Cuba; las constantes humillaciones que la hacía sufrir en la intimidad de la vida conyugal, hasta arrojarla del lecho común... Y los celos que rugían en su pecho se desahogaron en el llanto y la oración.

Mientras el Secretario lee, Catalina intenta retirarse. La detiene Cortés. Forcejean durante el lapso, gruñen. Cortés se torna iracundo y prende con sus manos el cuello de Catalina. La oprime, la oprime, la oprime. Catalina se desvanece y termina cayendo a los pies de Cortés, muerta.

El Secretario cierra el libro. Cortés está jadeante, atribulado.

CORTÉS. (*El Secretario.*) Sufrió un ataque... Traté de ayudarla, tú lo viste... Sufrió un ataque.

SECRETARIO. (*Recogiendo sus papeles.*) Huyamos, señor.

CORTÉS. ¿A dónde?

SECRETARIO. Salgamos de aquí.

Se escucha la risa del Enano. Velázquez y la Hermana de Catalina miran acusatoriamente a Cortés. Algunos invitados reaparecen caminando con lentitud. Cortés se asusta, ante ellos, y empieza a retroceder de espaldas. Caminando de espaldas, titubeante, llega a la buhardilla.

SEVILLA

Convertido nuevamente en un viejo, Cortés se desploma en el sillón. Se ve agotado. Sufre un acceso de tos. El Secretario trata de

aliviarlo: le palmea la espalda, lo abanica. El Enano va y viene de Sevilla a Coyoacán. Cada vez que llega a Coyoacán examina con curiosidad el cadáver y ve a la Hermana de Catalina sollozando, abrazada a Velázquez. Los invitados están inmóviles, mirando siempre a Catalina muerta.

SECRETARIO. *(Por la tos de Cortés.)* Debemos renunciar a esos horribles habanos, señor.

CORTÉS. Es este maldito calor andaluz, Gómara.

SECRETARIO. No hagamos más esfuerzos, señor.

Cortés se tranquiliza poco a poco. La tos cede. El Secretario acomoda sus papeles frente a la procesadora de palabras. Ordena el lugar.

CORTÉS. *(Acosado por el calor.)* Quién estuviera en Cozumel, Pancho. Cómo extraño la brisa. Su mar clarísimo, transparente...

SECRETARIO. Sí, nos encantaría estar en Cozumel.

Silencio.

CORTÉS. ¿Qué fue lo que ocurrió, Pancho? ¿Tú te acuerdas?

SECRETARIO. ¿En Cempoala?

CORTÉS. ¿Fue en Cempoala?

SECRETARIO. ¿Con el Cacique Gordo?

CORTÉS. No, en Cempoala no. En Coyoacán, en la casa... ¿Te acuerdas de la casa de Coyoacán, Pancho?

SECRETARIO. Cómo no, señor. Nos acordamos muy bien... Tenía sus muros blancos, enjalbegados.

CORTÉS. Donde todos los descontentos y resentidos iban a escribir motes y pasquines contra mí.

SECRETARIO. Ahora les llaman "grafittis", señor.

CORTÉS. ¿A los muros enjalbegados?

SECRETARIO. No, a lo que se escribe en las paredes... A esos versos que nos escribían acusándonos de rateros... “¡Oh qué triste está el ánimo mea, hasta que le vuelva todo el oro que tiene tomado Cortés y escondido”!

CORTÉS. “¡Pared blanca, papel de necios!”

Ríen el Secretario y Cortés, recordando. Silencio.

CORTÉS. ¿Qué fue lo que ocurrió aquella noche, Pancho?

SECRETARIO. ¿En Coyoacán?

CORTÉS. Con Catalina, mi mujer.

SECRETARIO. Murió, señor.

CORTÉS. *(Recordando.)* “Haced lumbre... Creo que es muerta mi mujer”. *(Pausa.)* ¿De qué murió, Bernal? ¿Por qué?

SECRETARIO. Los libros dicen...

CORTÉS. No quiero saber lo que dicen los libros. Lo que tú recuerdas, Bernal... ¿Qué es lo que recuerdas de esa noche?

SECRETARIO. Sin los libros es imposible recordar, señor.

CORTÉS. Haz un esfuerzo.

SECRETARIO. Es imposible.

COYOACÁN

Han llegado más invitados. Catalina continúa tendida en el suelo. Velázquez se desprende de la Hermana de Catalina llorosa y se planta en el centro del salón, solemne. El Enano se encuentra entre los invitados, curioseando, siempre inquietísimo.

VELÁZQUEZ. Ante la Corona de España que gloriosamente ciñe nuestro Emperador Carlos V, y ante el venerable Consejo de Indias, acusamos a Hernando de Cortés

- de haberse alzado en armas, en el año de 1519, contra don Diego de Velázquez, gobernador de Cuba;
- de haber hecho guerra a Pánfilo de Narváez desobedeciendo reales provisiones;
- de no haber querido entregar el gobierno a don Cristóbal de Tapia, enviado por el Rey don Carlos;
- de exigir oro a los indios en nombre del Rey;
- de haber percibido un quinto del oro que se había obtenido de la conquista de la Nueva España;
- de haber dado tormento a Guatemotzín, vencido emperador de los aztecas y a otros caciques;
- de retener las partes de los soldados bajo su orden;
- de edificar palacios y casas fuertes;
- de ser autor del envenenamiento de Francisco de Garay, adelantado en la Nueva España;
- de ser el asesino de su mujer.

La Hermana de Catalina avanza hacia Velázquez, en actitud de declarante.

HERMANA DE CATALINA. Ana Rodríguez. Treinta y seis años. Criada de mi señor don Fernando Cortés y de mi señora doña Catalina Suárez Marcaida.

VELÁZQUEZ. ¿Tiene algo que declarar, Ana Rodríguez, sobre la muerte de doña Catalina?

HERMANA DE CATALINA. Tengo que decir que en efecto, doña Catalina, el día de la fiesta víspera de su muerte, estuvo alegre y sin enfermedad alguna. Y que en la noche, antes de acostarse, entró a rezar al oratorio. Y al salir de él yo la vi de demudada la color. Le pregunté qué tenía, y ella me dijo: “Quisiera que Dios me llevase de este mundo”.

Gruñe el Enano reprobatoriamente. Da maromas. Un invitado lo somete al orden.

VELÁZQUEZ. Continúe, doña Ana.

HERMANA DE CATALINA. Esa noche, pues, los esposos entraron a acostarse a la cámara. Yo, como camarera de doña Catalina, la desnudé y acosté; estando aparentemente buena cuando los dejé acostados. Poco después, ya estando yo dormida en mi aposento, vino una india a llamarme de parte de don Fernando, por lo que me levanté, me vestí y fui a la cámara de los esposos, donde Cortés me mandó que encendiera lumbre,

porque estaba a oscuras el aposento. Y una vez que la encendí, al entrar en él, me dijo don Fernando: "Creo que es muerta mi mujer". Entonces yo y Violante Rodríguez...

VELÁZQUEZ. (*Aclarando.*) Mujer de Diego Soria, de cuarenta años de edad, camarera también de doña Catalina Suárez.

HERMANA DE CATALINA. Entonces yo y la mujer de Soria llegamos a la cama donde se encontraba doña Catalina, la cual estaba echada encima del brazo de don Fernando, muerta. Él estaba llamándola, pensando que estaba amortecida, porque varias veces se le solía amortecer.

VELÁZQUEZ. Cuando entraron en la cámara de doña Catalina, ¿hallaron las cuentas que traía a la garganta derramadas por la cama?, ¿y algunas dellas quebradas, y orinada la cama donde doña Catalina estaba muerta?

HERMANA DE CATALINA. Yo vide la dicha cama donde doña Catalina estaba muerta: orinada. Y a ella muerta, como ya dije.

Algunos invitados se aproximan a Catalina muerta, la levantan del suelo y se la llevan. El Enano vuelve a chillar momentáneamente.

VELÁZQUEZ. Continúe, doña Ana.

HERMANA DE CATALINA. Y yo vide que después de muerta, doña Catalina tenía unos cardenales en la garganta. Y como tenía sospecha que don Fernando había ahogado a doña Catalina su mujer, le pregunté a don Fernando qué cardenales eran aquéllos. Y don Fernando me dijo que él la había asido de allí para hacerla recordar cuando se amorteció. Pero yo y todos los criados que allí estábamos sospechamos que don Fernando había ahogado a doña Catalina.

En la buharda de Sevilla, el Cortés viejo estalla en cólera:

CORTÉS. ¡Bellacos!, ¡Mentirosos!, ¡Cabrones!, ¡Hijos de puta!, ¡Raza de víboras! Mienten para destruirme. Me calumnian. Yo no he cometido ningún crimen. Ésa es una historia estúpida, ¡hijos de puta!... Lo que quieren es mancillar el nombre de Hernán Cortés. Ensuciar en la historia mi historia. Rebajar mi hazaña. ¡Convertirme en un vulgar asesino de cagada!... ¡Yo los voy a hacer tragar sus cuentos! ¡Se los voy a meter por el mis-

mísimo culo, Velázquez! ¡Los voy a hacer pedazos, ratas de caño! ¡Cabrones! ¡Lameculos! ¡Hijos de puta! ¡Gilipollas de mierda! ¡Pendejos!

Iracundo, blandiendo una espada, Cortés irrumpe en Coyoacán durante su larga perorata. Nunca como ahora es tan notoria la transformación de un viejo colérico en un hombre maduro en igual estado de ánimo.

Cuando Cortés blande su espada ante Velázquez, éste desaparece de súbito, junto con todos los invitados, como por arte de magia, a la manera de un hechizo. Cortés se asusta por el fenómeno. Deja caer la espada. Se lleva las manos a la cabeza. Retrocede. Parece sufrir un mareo. Se apoya en la mesa.

Desde Sevilla, el Secretario llega hasta donde Cortés trastabillea. Regresa por un vaso de vino. Le da de beber. Bebe Cortés.

CORTÉS. ¿Qué me está sucediendo, Bernal?

SECRETARIO. Debe ser el calor.

CORTÉS. Aquí no hace calor. Hace frío... Siento un viento frío que se me encaja en los huesos.

SECRETARIO. Eso, señor. Debe ser el frío.

CORTÉS. Es la calumnia. La infamia entreverada en la historia para mancillar mi nombre... ¿Aún después de muerto quieres destruirme, Velázquez?... ¿O eres tú, Motecuzoma? ¿Llamaste a tus hechiceros para pedirles un conjuro que me derribe en la plenitud de mi gloria? ¿Viene de ti este veneno, Motecuzoma?... ¿Motecuzoma? ¿Motecuzoma? ¿Motecuzoma?

Cortés va de un lado a otro de la habitación como buscando Fantasmas. Se agobia. Se agota. Se deprime.

CORTÉS. ¿Qué podemos hacer, Bernal?

SECRETARIO. ¿Para qué, señor?

CORTÉS. Para remendar la historia... Cómo borrar ese maldito episodio y todos los que difaman, o cuentan mentiras, o deforman la verdad.

SECRETARIO. Es imposible, señor.

CORTÉS. ¿Estás seguro, Bernal?

SECRETARIO. Estamos completamente seguros, señor... No podemos remendar la historia. Ni cambiarla... Ni volverla a escribir.

CORTÉS. *(Sonríe.)* Estás equivocado, Bernal. Por supuesto que se puede.

SECRETARIO. ¿Y cómo, señor?

CORTÉS. Regresando.

SECRETARIO. ¿Regresando?

CORTÉS. Es una manera de recordar. De saber qué fue lo que pasó.

SECRETARIO. ¿Nos importa tanto recordar, señor?

CORTÉS. Mucho, Bernal... Nos importa mucho.

SECRETARIO. ¿Nos importa recordar, o regresar?

CORTÉS. Es lo mismo.

Cortés se anima. Pide silencio al Secretario y camina con él hacia la pirámide. Los sigue el Enano que ha estado escuchándolos, absorto.

CEMPOALA

CORTÉS. Shhhh, Bernal... Por aquí... Vas a ver cómo tengo la razón.

Cortés, el Secretario y el Enano llegan a la pirámide. El monolito gemelo que derribó Cortés ha desaparecido. El lugar está solitario, silencioso.

CORTÉS. Mira qué maravilla, Bernal... ¿Te acuerdas?

SECRETARIO. Perfectamente, señor. Cempoal... Aquí ganamos las Indias. Cuando subimos a la pirámide y derribamos al ídolo.

CORTÉS. (*Señalando al monolito de la cúspide.*) El ídolo sigue estando allá arriba.

SECRETARIO. Eran dos. Derribamos uno. Quedó el otro... Pero fue suficiente.

CORTÉS. Debí tirar los dos. ¿Por qué solamente uno?

SECRETARIO. Da lo mismo, señor. Eran gemelos.

CORTÉS. ¿Por qué no derribé el otro? (*Se atemoriza.*) ¿O es que no derribé ninguno?

SECRETARIO. Nosotros lo vimos.

CORTÉS. ¿Quiénes?

SECRETARIO. Nosotros. Todos los que estábamos aquí. Nuestros soldados, el Cacique Gordo, Malintzin, los sacerdotes, Fray Bartolomé de Olmedo... Sometimos a los totonacas y los hicimos nuestros aliados... Aquí empezamos a ganar.

CORTÉS. ¿Pudo ser diferente, Bernal?

SECRETARIO. Ya fue, señor. No hay regreso.

CORTÉS. Quizá no ha sucedido aún... El ídolo sigue estando allá arriba.

SECRETARIO. Es un ídolo gemelo, señor. Ya lo explicamos.

CORTÉS. Pudo ser solamente un sueño, un deseo... Necesitamos destruir la idolatría, desde sus raíces. ¡Aplastarlos!

SECRETARIO. Señor...

Cortés no presta atención a lo que el Secretario intenta decir y trepa, casi saltando, la escalinata del templo. Se coloca en la cúspide. Impulsa el monolito gemelo, para derribarlo.

Se escuchan, amenazantes, los teponaxtlis y las chirimías. Poco a poco aparecen los guerreros indígenas, con sus arcos tensados.

Luego el Cacique Gordo, el Sacerdote Indígena y Malintzin, con la lanza. Los indígenas apuntan hacia Cortés.

Cortés continúa impulsando al monolito para derribarlo. No lo consigue.

SECRETARIO. (*Suplicante.*) No lo hagamos, señor, por los clavos de Cristo. El pueblo se alzaría contra nosotros. La cólera de sus dioses hará llover fuego del cielo y romperá la tierra para que nos trague... ¡Bajemos de ahí, por la Virgen Santísima!

CORTÉS. (*Desde la cima.*) ¡No pasará nada, soldados míos! ¡Mostremos cuál dios es el más fuerte!

Cuando Cortés está a punto de derribar el monolito, Malintzin levanta su lanza como en una señal guerrera, y grita.

MALINTZIN. ¡Teúles noooooo! ¡Nooooo! ¡Teúles no!

Al grito de Malintzin, los guerreros disparan sus flechas contra Cortés. Una de ellas lo atraviesa, de parte a parte. Cortés se muestra sorprendido. Mira hacia los guerreros. Pronuncia con dificultad el nombre de Malintzin al tiempo que otras flechas se le encajan.

CORTÉS. Malintzin...

Cortés vacila arriba de la pirámide. Parece un San Sebastián flechado, sin aliento para gritar, sin posibilidades de defenderse. Intenta ir hacia la escalinata, para descender, pero las fuerzas le faltan. Vomita una bocanada de sangre y luego cae, al fin, al borde de la escalinata. Su propio peso lo precipita hacia abajo. Rueda Cortés por la pirámide y se diría que los últimos escalones lo escupen contra la tierra.

Los indígenas que han flechado a Cortés permanecen inmóviles. Siguen escuchándose los teponaxtlis y chirimías. El Secretario corre hacia su capitán.

SECRETARIO. Señor... mi señor...

El Secretario trata de levantar la cabeza de Cortés. Gime.

SECRETARIO. No teníamos por qué hacerlo, mi señor. No era necesario regresar. Ya habíamos conquistado las Indias. Ya habíamos ganado Tenochtitlán... Para qué, mi señor.

Se desespera el Secretario. Cortés intenta erguirse. Se está muriendo. Desvaría.

CORTÉS. Mendoza... No... No... Emperador. Te... te lo prometo... Once de noviembre... Mil... Mil quinientos cuarenta y cuatro...

Malintzin se aproxima, lanza en mano. El Secretario se sorprende ante el duro gesto de la mujer.

SECRETARIO. ¿Por qué, Malintzin...?

Con el pie, Malintzin empella al Secretario que se encuentra arrodillado frente a Cortés. El Secretario cae de espaldas. Malintzin eleva su lanza y luego la clava, con fuerza, con odio, sobre el pecho de Cortés. Cortés lanza un aullido.

CORTÉS. Aaaaaaayy.

Asustado por la fiereza de Malintzin, el Secretario se acobarda y empieza a retroceder, a retroceder, a retroceder, hasta llegar a la habitación de Sevilla a donde ha ido a esconderse alarmadísimo, desde los primeros flechazos a Cortés, el Enano.

Desaparecen los indígenas, Malintzin, el Cacique Gordo. Dejan de escucharse los teponaxtlis y las chirimías.

Llorando copiosamente, el Secretario se deja caer en el sillón de Cortés. El Enano se aproxima con un enorme pañuelo para limpiarle las lágrimas, y cuando comienza a hacerlo, el Secretario lo aparta de un manotazo. Le ordena, enérgico.

SECRETARIO. Escribe, insecto.

El Enano brinca, asustado, hasta la procesadora de palabras. Con dificultad, intenta escribir lo que el Secretario empieza a dictarle, después de un largo silencio, cuando se ha limpiado las lágrimas.

SECRETARIO. Esto fue lo que ocurrió. (*Gime. Con voz cortada.*) El 23 de junio del año de 1519, el capitán don Hernando de Cortés, que enviado por el gobernador de Cuba, don Diego de Velázquez, había desembarcado en Cozumel con once navíos, quinientos ocho soldados, cien marinos y dieciséis caballos para descubrir nuevas tierras, fue muerto por heridas de flechas y lanza durante una feroz batalla en un pueblo llamado de Cempoal...

Se interrumpe el Secretario al escuchar el grito de Cortés, desde el pie de la pirámide.

CORTÉS. ¡Panchooo!... ¡Pancho! Francisco Fernández y Pe-
reyra...

El Enano continúa escribiendo, retrasado en el dictado, mientras el Secretario corre hacia Cempoala, luego que se repone de la impresión.

SECRETARIO. Señor...

CORTÉS. ¡Panchooo!

Cortés se levanta. Con las dos manos, dificultosamente, se arranca la lanza que le clavó Malintzin. Hace lo mismo con alguna flecha. Vacila en el andar. El Secretario llega corriendo hasta Cortés.

SECRETARIO. Mi señor, mi señor...

CORTÉS. *(Jadeando.)* Ayúdame a quitarme estas malditas flechas, Pancho.

El Secretario le desprende las flechas. Cortés se queja a cada tirón.

CORTÉS. *(Mientras se queja.)* Dónde andabas, carajo... Tengo media hora gritándote.

SECRETARIO. Aquí estamos, señor.

CORTÉS. Pero dónde diablos andabas...

SECRETARIO. Estábamos escribiendo.

CORTÉS. No es momento de escribir... cuando tu señor se está muriendo, imbécil.

SECRETARIO. Perdón, señor, nosotros creímos...

CORTÉS. A nadie le importa lo que tú creíste, estúpido... ¡Anda!, ayúdame a llegar a la casa antes de que estos indios cabrones...

SECRETARIO. ¿A dónde quiere que vayamos, señor?

CORTÉS. Adónde ha de ser, pendejo... ¡ya te dije!

SECRETARIO. ¿A dónde?

Cortés no responde y el Secretario lo ayuda a caminar hasta la buhardilla. También el Enano, que llega en ese momento, ayuda a conducir a Cortés malherido.

SECRETARIO. Por los clavos de Cristo, señor, éste es un milagro de Nuestra Señora de Guadalupe. Cuando vayamos al Tepeyac... o a Extremadura...

CORTÉS. Qué milagro ni qué tus narices, idiota... Cállate y camina. *(Se queja.)* Tenemos que llegar.

SEVILLA

Llegan al fin el Secretario y el Enano, conduciendo a Cortés, hasta la buhardilla. Depositán a Cortés en el sillón. Cortés suspira, aliviado.

CORTÉS. ¡Alabado sea Dios y todos sus santos ídolos!

Mientras Cortés reposa, el Secretario y el Enano trajinan. Llevan una jofaina de agua caliente y con trapos húmedos limpian las heridas de Cortés, le desprenden las últimas flechas, le secan el sudor. La acción en silencio se prolonga un largo lapso. Cortés ríe, de pronto.

CORTÉS. ¿Nos fue de maravilla, Bernal?

SECRETARIO. Nos fue de maravilla, señor.

Silencio.

CORTÉS. ¿Qué fue exactamente lo que pasó? ¿Lo recuerdas?

SECRETARIO. ¿De qué necesitamos acordarnos, señor?

CORTÉS. De lo que pasó cuando yo estaba... cuando estaba...

SECRETARIO. ¿Dónde estábamos, señor?

CORTÉS. En Cempoal, me parece... Si no recuerdo mal: yo subí a la pirámide porque... (*Lo interrumpe un acceso de tos. Escupe mucha sangre.*)

SECRETARIO. Ese fue un mal recuerdo, señor.

Se insinúan apenas los Fantasmas de Cortés, al fondo de la buhardilla. Entre ellos está el Músico del oboe tocando una melodía triste.

CORTÉS. (*Alucinado, agónico.*) El ídolo, Bernal... Recuérdalo. Cayó escalinata abajo, rodando.

SECRETARIO. Necesitamos descansar, señor.

Impulsado por una fuerza agónica, Cortés se levanta del sillón, de golpe. Gime vacilante, inconexo.

CORTÉS. Mendoza... No... No... Emperador. Te... te lo prometo... Once de noviembre... Mil... Mil quinientos cuarenta y cuatro...

Cortés vuelve a desplomarse en el sillón, pero ahora está definitivamente muerto. Silencio. El Secretario y el Enano se miran, largo rato. Como si obedeciera una orden inaudible, el Enano va hacia la procesadora de palabras y se apresta a escribir. De pie, conteniendo el dolor, el Secretario hace su dictado.

SECRETARIO. La noche del viernes dos de diciembre de 1547, a la edad de sesenta y dos años, murió don Hernando de Cortés. Su cuerpo, extenuado por la disentería, quedó en una cama de la parte alta de la casa propiedad del piadoso amigo Juan Rodríguez, en la calle Real de Castilleja de la Cuesta, muy cerca de Sevilla.

Se sigue oyendo el oboe. El Enano continúa escribiendo.

Oscuro final.

BIBLIOGRAFÍA

Esta obra de teatro está en deuda impagable con el libro de José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, México, 1990, del que se tomó información y se reprodujeron textos.

También se utilizó información y se reprodujeron textos de las siguientes obras:

- Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Edición Casa de las Américas, La Habana, 1984.
- Francisco López de Gómara. *Historia de la Conquista de México*, preparada por Joaquín Ramírez Cabañas. Editorial Pedro Robredo, México, 1943.
- Fray Bernardino de Sahagún. *Historia general de las cosas de la Nueva España*, revisada por Miguel Acosta Saignes. Editorial Alfa, México, 1955.
- William H. Prescott. *Historia de la Conquista de México*, anotada por Lucas Alamán y José Fernando Ramírez. Editorial Porrúa, México, 1976.
- Hernán Cortés. *Cartas y relaciones*, revisada por Nicolás Colorado, Emecé Editores, Buenos Aires, 1946.
- Manuel Romero de Terreros. *Hernán Cortés (sus hijos, nietos, caballeros de las órdenes militares)*. Antigua librería Robredo de José Porrúa e Hijos, México, 1944.
- Salvador de Madariaga. *Hernán Cortés*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Segunda edición, 1943.

- Alfonso Toro. *Un crimen de Hernán Cortés. La muerte de Doña Catalina Xuárez Marcaida. (Estudio histórico y médico legal.)* Ediciones de la librería de Manuel Mañón, México, 1922.
- Artemio de Valle-Arizpe. *Andanzas de Hernán Cortés.* Editorial Diana, México, 1978.
- Fernando Benítez. *La ruta de Hernán Cortés.* Fondo de Cultura Económica, Segunda edición, México, 1956.
- Federico Gómez de Orozco. *Doña Marina. La dama de la Conquista. Vidas mexicanas.* Ediciones Xóchitl, México, 1942.
- Geney Torruco Saravia. *Doña Marina, Malintzin.* Ediciones del Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa, 1987.
- Miguel León Portilla. *El reverso de la Conquista. Relaciones aztecas, mayas e indígenas.* Editorial Joaquín Mortiz, México, 1977.
- Octavio Paz. *El laberinto de la soledad.* Fondo de Cultura Económica, Tercera edición, México, 1963.

TÍTULOS PUBLICADOS

- N.º 1. ¡AY, CARMELA!, de José Sanchis Sinisterra
(agotado)
- N.º 2. OCAÑA, EL FUEGO INFINITO, de Andrés Ruiz
López
- N.º 3. COMBATE DE NEGRO Y DE PERROS,
de Bernard-Marie Koltès
- N.º 4. EL ANGOSTO CAMINO HACIA EL PROFUNDO
NORTE/MISA NEGRA/PASIÓN, de Edward Bond
- N.º 5. LOS ÚLTIMOS DÍAS DE EMMANUEL KANT
CONTADOS POR ERNESTO TEODORO
AMADEO HOFFMANN, de Alfonso Sastre
- N.º 6. LA NOCHE ES MADRE DEL DÍA, de Lars Norén
- N.º 7. BANTAM, de Eduardo Arroyo.
- N.º 8. YO, MALDITA INDIA..., de Jerónimo López Mozo
(agotado)
- N.º 9. EDMOND, de David Mamet
- N.º 10. GRANDE Y PEQUEÑO, de Botho Strauss
- N.º 11. DESEO, de Josep Maria Benet i Jornet
- N.º 12. EL PAPA Y LA BRUJA, de Dario Fo (agotado)
- N.º 13. LAS LARGAS VACACIONES DE OLIVEIRA
SALAZAR/EL NIÑO DE BELÉN, de Manuel
Martínez Mediero
- N.º 14. ROBERTO ZUCCO, de Bernard-Marie Koltès
- N.º 15. INTERVIEW DE MRS. MUERTA SMITH POR
SUS FANTASMAS, de Agustín Gómez-Arcos
- N.º 16. KING KONG PALACE/LA SECRETA
OBSCENIDAD DE CADA DÍA, de Marco Antonio
de la Parra
- N.º 17. CARICIAS/ELSA SCHNEIDER, de Sergi Belbel
- N.º 18. ÚLTIMA BATALLA EN EL PARDO, de José
María Rodríguez Méndez
- N.º 19. LA NOCHE DE HERNÁN CORTÉS, de Vicente
Leñero

PRÓXIMOS TÍTULOS

- N.º 20. **SANTA ISABEL DEL VIDEO y MIRANDO AL TENDIDO**, de Rodolfo Santana
- N.º 21. **EL RETABLO DE ELDORADO/ CRÍMENES Y LOCURAS DEL TRAJIDOR LOPE DE AGUIRRE/ NAUFRAGIOS DE ALVAR NÚÑEZ**, trilogía americana de José Sanchis Sinisterra
- N.º 22. **EL CARNAVAL DE LA MUERTE ALEGRE**, de Carlos José Reyes



MINISTERIO DE CULTURA

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música